

Entrevista a Fernando Martínez Heredia

Emir Sader (ES): ¿Dónde naciste?

Fernando Martínez Heredia (FMH): En el pueblo de Yaguajay, en la antigua provincia de Las Villas, actual provincia de Sancti Spiritus. La mía era una familia muy venida a más. Digo esto porque mi padre pedía limosna de niño en la calle y no fue nunca a una escuela. Mi madre hizo sólo el primer año de primaria y de ahí pasó a ser niña obrera en la industria del tabaco. Mi padre se fue haciendo de una posición a lo largo de su vida. Comenzó como aprendiz de zapatero, se hizo cortador, después fue dueño de zapatería y llegó a tener una posición económica desahogada al cabo de la mediana edad. Mi madre fue entonces obrera hasta el tercer hijo de los seis que tuvieron, cuando ya él tuvo la posibilidad de sacarla para la casa. Quizás alguien no me comprenda, pero ella avanzó socialmente cuando pasó de obrera a ama de casa. Éramos seis niños, pero sólo cuatro llegamos a adultos, algo usual en ese tiempo para aquellas familias; una bebita falleció de diarreas y un varón de cuatro años falleció de tifoidea.

ES: ¿Tú eras cuál de los seis?

FMH: El quinto. Me llamo igual que mi padre, por sustitución del varón que falleció. Se usaba eso. De las dos familias de las que procedo, los primeros que hicimos la primaria completa fuimos mis hermanos y yo.

ES: ¿Esos qué años eran?

FMH: Yo nací en 1939. Mi padre ya tenía unos cincuenta años de edad. El mundo cubano de mi niñez es el de los años cuarenta y cincuenta. Estudié siempre en escuelas públicas, la primaria y la enseñanza media. El bachillerato lo hice en Santa Clara, la capital provincial, a cien kilómetros de mi pueblo. Mi madre no se conformaba con menos de

que llegáramos a ser profesionales, maestras las mujeres y universitarios los varones, y mi padre la apoyó.

ES: ¿Cuándo empezaste a leer cosas politizadas, de izquierda? ¿Cuándo empezaste el contacto...?

FMH: Comencé a leer cosas politizadas en *Bohemia*, la revista semanal cubana más famosa, de extraordinaria calidad; era una de las mejores revistas de su tipo en América. Tiraba más de 300 mil ejemplares y era muy leída en Cuba, en toda la cuenca del Caribe, Centroamérica, Venezuela. Enviaba 700 ejemplares a Buenos Aires por avión.

ES: ¿Trescientos mil?

FMH: Era una revista excepcional y tenía de todo en informaciones, fotos, crónicas, artículos de opinión. Era una fuente fundamental sobre Cuba: la política, al dedillo y con análisis, desde una posición muy crítica a los gobiernos; temas económicos y sociales; mucho sobre historia. Traía temas de la Guerra Fría, a favor de los Estados Unidos, pero también una columna antimperialista que escribía un colombiano refugiado en Cuba, Jesús González Scarpetta. Siempre una narración breve de alguno de los mejores escritores cubanos. Biografías de personalidades del mundo. Yo la devoraba semana tras semana. En una autobiografía que no está publicada, Carlos Fonseca Amador dice: “Como tantos jóvenes de Centroamérica, yo me eduqué leyendo la revista *Bohemia*”.

Se aprendía mucho de otras maneras. La tradición oral acerca de las revoluciones cubanas era muy fuerte, escuché innumerables narraciones de las guerras de independencia, y también de la Revolución del 30. La formación en el patriotismo y la veneración por la herencia revolucionaria del país eran extraordinarias en la educación formal y en gran número de fechas históricas, medios de comunicación, símbolos visibles y otras fuentes. Esa educación patriótica formaba parte de un nacionalismo de entraña popular, que nunca pudo ser manipulado por la burguesía, e incluía entender a Cuba como un proyecto nacido de las revoluciones, pero no realizado. Por lo tanto, no era solamente un pasado a celebrar, era un pasado que desafiaba y pedía actuación. Se vivía la frustración de los ideales republicanos de soberanía plena, democracia y justicia social, que tenía expresiones coloquiales como “esto no fue lo que soñó Martí”, “todavía no tenemos la Patria por la que murieron tantos”, “si Maceo volviera a vivir...”.

Es decir, la historia nacional era una fuente de politización. Existía una politización muy influida por las lecturas, y una formación

que venía por los otros medios, más básica, pero usualmente muy efectiva. No olvidemos que la mitad de los chicos en Cuba en edad escolar no iban a ninguna escuela.

Como yo era más pequeñito y no quería quedarme solo en casa, logré que me llevaran a aprender a leer a los cuatro años de edad. Y ya no paré de leer, nunca. Era algo simpático el niño lector, que compartía tantas veces el trabajo manual con hombres iletrados. En mi pueblo, como a lo largo del país, había una masa de obreros azucareros, trabajadores urbanos y rurales, de oficios, y una masa enorme de peones. Una pasión en cuanto a ocupación del tiempo libre era ingerir bebidas alcohólicas.

ES: ¿Desde qué edad?

FMH: Desde muy temprano. El alcoholismo era verdaderamente democrático, y uno debía decidir si estaba en eso o no estaba. En casos como el mío, la lectura era también una elección. Ir a Santa Clara me sirvió de mucho. Era una de las grandes ciudades del país, y tenía una buena biblioteca en el Gobierno Provincial —exactamente donde tendieron décadas después los restos del Che, en 1997—, que a mí me pareció una sucursal del paraíso. En mi pueblo no había libros. Pasé de leer revistas, diarios y papeles sueltos a leer libros, y en la parte de hemeroteca podía seguir a la docena de diarios que se publicaban entonces en La Habana, varios de ellos de gran calidad y diversidad. Con una enorme voracidad leía, todo el tiempo en que no estaba en clases, deportes y otras actividades propias de mi edad, o en las de oposición estudiantil a la dictadura. Recuerdo especialmente los libros de historia de Cuba.

ES: ¿Y el marxismo?

FMH: Recuerdo que la primera vez que me interesé por Lenin fue en Yaguajay, con un obrero comunista.

ES: ¿Antes de Marx?

FMH: Sí, yo no sabía que existía Marx. Y le pregunté al obrero: “¿Quién era Lenin?”. Me respondió: “Lenin era un hombre muy grande, fue el que dijo: ‘La propiedad es un robo’”. Eso fue lo primero que supe, ni él ni yo sabíamos quién era Proudhon.

ES: ¿Cuándo empezaste a tener actividades políticas?

FMH: En Santa Clara participé en las protestas estudiantiles desde su inicio, como un estudiante de filas. Desde marzo de 1952 había comenzado la dictadura de Fulgencio Batista, que destruyó una institucionalidad que era muy democrática. Era controlada por la burguesía y por los Estados Unidos, pero era muy democrática. No sólo poseía esa realidad, también encarnaba la promesa de que las acciones cívicas y electorales podían producir los cambios que necesitaba Cuba, y brindaba a la sociedad espacios para organizarse. El sistema de partidos políticos era muy desarrollado, y las relaciones entre lo político y lo social. El golpe de Estado fue un gigantesco paso atrás, que lanzó a

[...] yo no sabía que existía Marx. Y le pregunté al obrero: “¿Quién era Lenin?”. Me respondió: “Lenin era un hombre muy grande, fue el que dijo: ‘La propiedad es un robo’”.

todos el desafío de una nueva situación. Yo traté de empezar a saber lo que sucedía y qué debíamos hacer los cubanos.

ES: ¿Ahí supiste que Fidel existía?

FMH: Por primera vez oí hablar de él, pero como uno más que había protestado. Fidel y sus compañeros asaltaron el cuartel Moncada el 26 de julio de 1953 y eso sí me produjo un impacto decisivo.

ES: ¿Cómo supiste de eso? ¿Cómo te enteraste?

FMH: Yo tenía entonces catorce años, y mi mamá me había llevado a ver familiares a un poblado que está a 24 kilómetros del nuestro. Pasamos el día, y al salir vimos el cuartel con todos los soldados en guardia con sus fusiles y cananas. Preguntamos a alguien, que nos dijo que habían peleado en Santiago de Cuba esa mañana, y que el ejército estaba movilizado. Al día siguiente el dictador habló al país, lo escuché y pensé que había dicho muchas mentiras, y que los asaltantes al Moncada eran unos héroes revolucionarios. Para hacer algo, comencé a anotar en una libreta los pocos nombres de los muertos que iban apareciendo, para evitar que cayeran en el olvido.

Los jóvenes que buscábamos y deseábamos una salida revolucionaria a la crisis cubana no queríamos de ninguna manera que el país volviera a la situación previa a la dictadura. Decíamos: “No queremos volver al 9 de marzo, queremos que el país cambie”. Podían existir muchas o pocas opiniones, pero queríamos cambios. La formulación política a la que llegué, cuando todavía no pertenecía a una organización, fue que el cambio debía consistir en liquidar el poder de los ricos de Cuba y el de los Estados Unidos sobre Cuba. Es bueno aclarar que esa idea no me surgió a partir de ninguna influencia del socialismo. Pero el deseo de luchar y ese ideal me llevaron a ingresar en el Movimiento 26 de Julio, prácticamente desde que se fundó en la zona en que yo vivía. Fidel estaba en México, pero el Movimiento 26 de Julio existía en todos los municipios de Cuba desde fines de 1955 e inicios de 1956.

ES: ¿Cuándo fuiste a La Habana?

FMH: En enero de 1959. Y no totalmente, venía y volvía a Las Villas a menudo.

ES: ¿Y Fidel?

FMH: Fidel se fue a México. En *Bohemia* publicó el “Manifiesto N° 1” del Movimiento 26 de Julio, en marzo de 1956. Era un manifiesto revolucionario que combinaba muy bien el planteo estratégico de cambios muy profundos con el llamado a la acción desde las condiciones concretas que se estaban viviendo. Con la circulación que tenía *Bohemia*, todo el mundo podía leerlo. Comenzaron también las publicaciones clandestinas del Movimiento. Así pude conocer en Santa Clara *La historia me absolverá*.

ES: ¿Y todavía tú no habías escrito?

FMH: Yo no había escrito nada. Mi primer manifiesto fue en agosto del 57, poco después de la muerte de Frank País. Por el enorme impacto que tuvo el asesinato hubo un intento espontáneo de huelga general y algunos brotes insurreccionales. Una compañera muy revolucionaria me pidió que lo escribiera; yo formaba parte del aparato clandestino, pero la idea fue de ella, que me dijo: “Tú que eres inteligente, ¿por qué no escribes?”. Entonces escribí un manifiesto titulado “Al pueblo y a las fuerzas armadas”. Además de los tópicos revolucionarios usuales, les decía a los soldados que se dieran cuenta de que ellos eran pobres

también, de que los ricos eran sus jefes y los demás ricos de Cuba, de que ellos estaban dando su sangre por los ricos. Y de que la Revolución les abriría sus puertas si abandonaban la dictadura, pero si no lo hacían, los amenazaba: “La Revolución les pasará por encima y los aplastará con sus briosos corceles”. Esa expresión final se la pedí prestada a Máximo Gómez, el dominicano que fue el general en jefe del Ejército Libertador cubano en la Revolución de 1895.

ES: ¿Recuerdas el momento del desembarco de Fidel en Cuba?

FMH: Claro que sí. Recuerdo que cuando las agencias dijeron que lo habían matado, el 5 de diciembre, sembré un pino en el patio de mi casa.

ES: ¿Se dijo que lo habían matado?

FMH: Sí, aunque poco tiempo después se supo que era mentira.

ES: ¿Sólo con la entrevista de Mathews?

FMH: No, antes. La entrevista para el *New York Times* fue a fines de febrero. Fue un golpe muy bueno, por el gran impacto internacional que tuvo. En el interior lo sentimos como una victoria.

ES: ¿Tú seguiste estudiando?

FMH: No. Yo no estude más desde mediados del 56 hasta 1959.

ES: ¿Estuviste en la militancia?

FMH: En la militancia, y eso hizo que sólo regresara al estudio a mediados de 1959. Me dolía la cabeza al leer, por los tres años transcurridos, pero también porque había tenido actividades muy diferentes... Pero pronto recuperé el hábito y volví a leer mucho.

ES: ¿Cómo viviste el 1 de enero?

FMH: Yo estaba en Santa Clara, se estaba combatiendo allí desde el 28 de diciembre. Es la famosa batalla que dirigió el Che Guevara. Los rebeldes fueron tomando las posiciones de la dictadura dentro de la ciudad. La tarde del día 31 tomaron un cuartel del ejército y la jefatura de la policía, dos objetivos importantes. El campamento central del ejército, que era muy grande, seguía resistiendo.

Era una batalla complicada, por el número de los enemigos, apoyados por la aviación y tanques. La ciudad era una de las mayores del país. Los rebeldes contaron con una enorme participación popular, que impedía que los tanques avanzaran libremente, colocando automóviles a través de las calles, y dándoles toda clase de ayuda a los combatientes. En algunos casos abrían agujeros en las paredes para que pasaran de una vivienda a otra con más seguridad.

Recuerdo al Che, con un brazo fracturado, con una seguridad absoluta en sí mismo, caminando por una vía principal, la calle Independencia, ancha y recta. El ejército trataba de avanzar como a 700 metros, venía con dos tanques; sus disparos eran lejanos, pero en línea recta el fusil es efectivo a esa distancia y más. El Che se detuvo ante una vidriera destrozada del Ten Cents, y llegó bajo el fuego hasta la esquina siguiente, donde había cinco o seis rebeldes. Yo estaba a unos 50 metros, con bastante miedo, pegado a la acera. Ahora pienso que actuaba así para darles confianza a los que lo veían, porque los cañones de tanques en una ciudad hacen un ruido espantoso. Les dijo algo a los rebeldes que estaban ahí, dio media vuelta y se alejó por la calle, bajo el fuego y sin apuro. Llegué y pregunté qué había dicho el Che. Dijo solamente: “No dejen pasar el tanque”.

Amanecido el día 1 de enero se supo que Batista se había fugado de Cuba por la madrugada, utilizando la radio de automóviles. No había corriente eléctrica. El Che accedió a darle una tregua al ejército, la única que dio en esa batalla, hasta el mediodía. Se extendió una inmensa alegría por la ciudad, aunque un pequeño grupo de francotiradores disparaba sobre todo el que veía, desde pisos altos de un hotel del centro. A la una de la tarde se rindieron las tropas de la Tiranía.

ES: ¿Ya habían tomado los rebeldes el tren blindado?

FMH: Sí, el tren enviado desde La Habana fue paralizado por un grupo de rebeldes durante la batalla, que lo hostigaron hasta que se rindió. Además de reforzar aquella plaza fuerte principal en el centro del país, el tren debía ayudar contra un hecho muy negativo para la dictadura: la ofensiva del Che en las dos últimas semanas había logrado cortar las comunicaciones terrestres entre el oeste y el este de Cuba, al mismo tiempo que tomaba las poblaciones de gran parte de la provincia y rendía sus guarniciones.

ES: Fue un acontecimiento simbólico...

FMH: Sí, evidenciaba que ningún recurso militar podía impedir ya la victoria rebelde, y también evidenció la caída de la moral combativa del ejército.

ES: ¿Camilo estaba allí también?

FMH: No, Camilo Cienfuegos estaba a 100 kilómetros, dirigiendo el prolongado combate de Yaguajay, sitiando a una guarnición que en ese momento era la segunda en número de la provincia.

Estuve en la comandancia del Che Guevara todo el día 1, ayudando. La mañana del día 2 le pedí al oficial de guardia que me diera un pase para salir de Santa Clara y regresar a mi pueblo. La dictadura había caído, la Revolución había triunfado, y yo quería irme a ver a mi madre. Esas eran las ideas que tenía en aquel momento. Me dio el pase y empleé el día entero en el trayecto; llegué a mi casa tarde en la noche.

ES: ¿Cómo fue?

FMH: Una pequeña odisea, porque una guerra había culminado en las últimas semanas, y eso significa un desbarajuste fenomenal. Te digo esto porque al reconstruir la memoria suceden cosas buenas y malas. Por ejemplo, cuando preguntan: “¿Cómo viste el hecho histórico?”, uno se pone histórico. Pienso que esa capacidad, en el momento de los hechos, la poseen sobre todo los líderes y los que tienen más conciencia. Los de la fila, no. En mi casa era una maravilla que hubiera regresado, y por todas partes vivíamos la alegría inmensa del triunfo revolucionario, a pesar del dolor de tantos muertos, y se festejaba. Pero desde el día 3 comencé a actuar en Yaguajay junto a mis compañeros, en la increíble cantidad de tareas diferentes y difíciles que hay cuando empieza una revolución.

ES: ¿El Che seguía en La Habana?

FMH: El Che salió para La Habana el día 2, en una caravana militar que fue declarando liberados los pueblos del camino y ocupó la fortaleza de La Cabaña, en la capital, tarde en la noche del día 2.

ES: ¿Qué hiciste en Yaguajay?

FMH: De todo. La gente trataba de reorganizar la vida después de tan violento y largo conflicto, en que sufrieron hasta numerosos ataques

de la aviación, y el nuevo poder debía alimentar cientos de prisioneros, ejercer la justicia revolucionaria, impedir epidemias, nombrar autoridades, asegurar abastecimientos, etc. Piensa solamente en que lo que había sucedido siempre estaba totalmente cuestionado, y una gran parte ya no sucedería más, y los involucrados carecíamos completamente de experiencia.

Yo entendía que había que hacer una reforma agraria urgente, y por suerte el comandante rebelde que era jefe de la región norte de la provincia y el coordinador municipal del Movimiento 26 de Julio pensaban igual. A fines de enero, los tres nos lanzamos a ejecutar una mini reforma agraria en la zona, tomando y distribuyendo tierras de acuerdo a los preceptos de la Ley 3 de la Sierra Maestra, del 10 de octubre de 1958. Los campesinos humildes estaban muy felices, pero el hecho provocó una situación delicada en La Habana. El presidente de la República era el Dr. Manuel Urrutia, un magistrado que tuvo una conducta muy digna al juzgar a revolucionarios, pero apenas un progresista, que se encontró de pronto designado para desempeñar un cargo muy superior a sus posibilidades. Urrutia sintió que aquel atentado a la propiedad anunciaba el caos, y amenazó con renunciar. Fidel expresó públicamente su disgusto con aquel reparto de tierras “por la libre”, cuando el Gobierno Revolucionario había prometido que se haría una profunda reforma agraria. La amenaza de Urrutia no fue divulgada, pero la cuestión le costó el cargo al gobernador militar de Las Villas, un compañero rebelde que había venido como expedicionario en el *Granma*; yo estimo que era inocente.

Digamos que este fue mi primer contratiempo dentro de la Revolución, aunque no nos sancionaron. Muchos años después conocí el incidente con Urrutia. Pero siempre me he sentido satisfecho de aquella acción.

ES: ¿Ahí viniste para La Habana?

FMH: Un par de veces vine, por cuestiones políticas, pero en mayo vine para La Habana, a estudiar Derecho en la universidad.

ES: ¿Qué universidad?

FMH: La Universidad de La Habana.

ES: ¿Te inscribiste en Derecho?

FMH: Sí, y al mismo tiempo en otra carrera, Ciencias Sociales y Derecho Público. Desde entonces y durante todos mis estudios universitarios era un trabajador. Siempre simultanéé, nunca fui estudiante de tiempo completo.

ES: ¿En qué trabajabas?

FMH: No quise trabajar donde estaban compañeros del 26 de Julio procedentes de Las Villas, el Ministerio de Comunicaciones, porque no me pareció muy elegante. No olvides los excesos que cometen los muy

Piensa que la víspera de la batalla de Girón, al declarar que éramos socialistas, Fidel dijo: “Esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, por los humildes y para los humildes”. Eso no aparecía en ningún manual.

jóvenes en medio de las revoluciones: me parecía un reparto de cargos. Alguien me empleó en Salud Pública. Al mismo tiempo, siempre formé parte de instituciones de defensa de la Revolución, hasta fines de 1960 era miembro de la dirección municipal del Movimiento 26 de Julio de Yaguajay, y me involucré en otras muchas tareas de las nacientes organizaciones de masas, y otras. El conjunto era realmente abrumador, si se piensa en tiempos normales. Se dormía muy poco.

ES: ¿Pero los estudios universitarios ayudaron en tu formación?

FMH: A pesar de todo fui un buen estudiante, y me gradué. A veces era más artillero, por ejemplo, pero fui buen estudiante. El Derecho tenía un desarrollo muy alto y un prestigio grande en Cuba. El claustro tenía un buen nivel y varios profesores eran brillantes. Se combinaba con gran eficacia el estudio y manejo de diversas teorías con el derecho positivo y el aprendizaje de problemas prácticos de muchos tipos. Recuerdo discusiones acerca de todos esos temas. Por cierto, en el programa previo a la reforma revolucionaria de la universidad se incluían referencias a la Constitución de la URSS de 1936 y al derecho laboral soviético. Los profesores que lo explicaban no eran comunistas.

ES: ¿Y así empezaste a acercarte al marxismo?

FMH: No, esa es otra historia. En marzo de 1959 fundamos una modestísima y efímera revista del Movimiento en Yaguajay, llamada *Juventud*. Escribí el editorial del primer número. Recuerdo con una sonrisa la prosa que quería ser elegante, pero el contenido era muy radical: “Cuando 82 vinieron para traerle la libertad a millones, no venían a acabar con 7 años de tiranía, sino con 400 años de explotación del hombre por el hombre”. Le fijaba esa misión tan ambiciosa a la guerra revolucionaria que acababa de concluir y al poder revolucionario que se iniciaba desde mi ideología, pero yo no tenía ninguna relación con los comunistas, y no me sentía comunista.

ES: ¿No habías leído ni el *Manifiesto*?

FMH: No, ni un solo texto de marxismo. Y si alguien me decía: “¿Tú eres comunista?”, le respondía con énfasis que no. Ante todo, porque el Partido Socialista Popular (PSP) –perteneciente al movimiento comunista internacional– había sido crítico del movimiento insurreccional y permanecido lejano a él casi hasta su triunfo. Yo me beneficiaba del enorme desarrollo de las ideas revolucionarias de mi país, de Martí y los radicales de la independencia, de las ideas desarrolladas y divulgadas al calor de las luchas de clases y de liberación nacional del siglo XX, del socialismo cubano y el antiimperialismo. Y sin duda también de las asimilaciones que habían hecho cubanos de las ideas bolcheviques, de Lenin, del marxismo. Fue mucho después que me enteré de que lo expresado por mí en la cita de marzo de 1959 era un lugar común dentro del marxismo.

No se suele conocer un hecho de la mayor importancia en las ideas cubanas, que es el manejo de ideas socialistas dentro del movimiento insurreccional contra la dictadura y la presencia de ideales socialistas entre los insurreccionales. Ese desconocimiento tiene razones políticas, pero es reforzado por la tendencia facilista de clasificar mecánicamente nombres de organizaciones y posiciones ideológicas y políticas. En el verano de 1960 es que empiezo a relacionarme con el marxismo.

ES: ¿En una escuela?

FMH: No, por un problema político. Un compañero del Ejército Rebelde me invitó a una reunión a solas donde me planteó alzarnos los dos contra el comunismo y a favor de Fidel.

ES: Contra el comunismo y a favor de Fidel...

FMH: Era un teniente, un campesino; su hermano, que era capitán rebelde, lo había influenciado mucho. Discutimos más de dos horas. Finalmente me dijo que yo lo había convencido, y me dejó solo. Pensé: “Me está engañando, él se va a alzar”. Y era verdad, él se alzó con su hermano y fueron de los primeros contrarrevolucionarios que combatieron. Pensé bastante, recuerdo, y me dije: “En lo único en que Alberto tiene razón es que esto es comunismo. Pero en lo que está equivocado es en Fidel. Fidel es comunista también”. Entonces pensé: “Si Fidel es comunista, yo también”.

Ese fue el momento. Pero si uno es comunista, debe saber algo de comunismo, por eso le pedí prestado un libro marxista a un ingeniero que yo sabía que era marxista. Me prestó el *Manual de Economía Política*, de la Academia de Ciencias de la URSS.

ES: ¿Nikitin era el autor?

FMH: No, era el manual más grande, y más serio. Estudié hasta el capítulo 8, y me dije: “Si esto es el marxismo, yo no sigo, esto es insoportable”.

ES: ¿Te lo dijiste?

FMH: Sí, ¡era insoportable! (risas). Pero dos meses después alguien me prestó *El Estado y la Revolución*. Era otro marxismo. Me encantó aquel libro, aunque de esa primera leída sólo recordaba dos afirmaciones de Lenin: la revolución se hace para acabar con el Estado y las clases sociales; y en el Parlamento de los países capitalistas se reúnen las personas que el pueblo elige cada cuatro años para que lo aplasten. Comencé a leer todo lo que encontraba de Lenin, Marx y Engels. Poco después me enrolé en un seminario que guiaba un profesor marxista, las tardes de todos los sábados; allí leíamos y discutíamos a fondo, línea a línea, el *Manifiesto Comunista*. Pero recuerda que yo estudiaba, trabajaba y participaba en la defensa del país; no podía estudiar marxismo con holgura ni formalidades. Por otra parte, mi maestra principal de marxismo era la Revolución. Piensa que la víspera de la batalla de Girón, al declarar que éramos socialistas, Fidel dijo: “Esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, por los humildes y para los humildes”. Eso no aparecía en ningún manual. Fidel no dijo que el naciente socialismo dependía de las leyes de la historia o era fruto de un determinismo económico, y llamó democrática a la revolución socialista, algo que no se usaba. Yo absorbía todo lo que Fidel decía.

ES: ¿Dónde viste a Fidel por primera vez?

FMH: En la Plaza Cívica, en alguna concentración de los primeros tiempos.

ES: ¿Con lo de la paloma que se posó en su hombro?

FMH: La paloma en su hombro fue el 8 de enero, en su primer discurso en La Habana. Yo estaba en Yaguajay. Pero además de hablar y conversar con el pueblo sin descanso por la televisión, Fidel aparecía en cualquier parte, uno lo veía llegar de pronto, saludar, preguntar, compartir con la gente.

Cuando Fidel proclamó el socialismo, el pueblo en masa se hizo socialista y quiso aprender marxismo. Pero la corriente principal era el marxismo soviético, y entró una masa enorme de literatura del campo socialista y de sus aliados en el mundo, además de lo que editaban en Cuba los simpatizantes de la URSS. Pero al mismo tiempo circulaban y se editaban ideas marxistas ajenas a esa corriente. En realidad, se creó una situación contradictoria en el terreno de las ideas.

Mi caso, en su complejidad, quizás sea análogo al de muchos jóvenes. En 1959 me inscribí en la sección circulante de la Biblioteca Nacional. El primer libro que saqué era *Cómo cayó el presidente Madero*, porque quería saber de la Revolución Mexicana. El segundo libro fue la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, porque quería conocer a Keynes de primera mano. Al mismo tiempo comencé a devorar novelas clásicas, creo que la primera fue *El rojo y el negro*. Era una formación más bien dispersa y poco ortodoxa, pero eso es lo que sucede en una revolución. Hace diez años me pidieron que expusiera mis recuerdos de la visita de un mes de Jean-Paul Sartre a Cuba, en febrero y marzo de 1960, y lo primero que les dije fue que no advertí su presencia aquí. Y eso que leía el semanario cultural del diario *Revolución*, llamado *Lunes de Revolución*, que, por cierto, fue una escuela de literatura y arte desde la Revolución para muchos jóvenes como yo.

ES: ¿Lo dirigía Cabrera Infante?

FMH: Guillermo Cabrera Infante, el subdirector era Pablo Armando Fernández, y colaboraba mucha gente diferente. El diario *Revolución* era dirigido por Carlos Franqui, un cuadro destacado del 26 de Julio, de ideas socialistas, y el subdirector era Euclides Vázquez Candela, que también había estado en Radio Rebelde, en la Sierra Maestra. En aquellos primeros meses, Euclides escribía editoriales muy radicales. Recuerdo,

por ejemplo, “¿Educación romana para qué?”, contra los colegios privados de la iglesia católica. Para el número de *Lunes* dedicado al aniversario del 26 de julio, Euclides escribió una página entera, “El Movimiento 26 de Julio”, en la que todo el tiempo es abiertamente socialista.

ES: ¿Tú estabas en la corriente socialista del Movimiento?

FMH: Yo estaba, era partidario firme de esa corriente, y cuando fui avanzando en mi formación utilicé el marxismo. El militante que estudia marxismo por ser militante, sin tener suficiente experiencia práctica revolucionaria ni estar su organización peleando por el poder o en medio de una revolución, suele aprender elementos teóricos e ideológicos marxistas sobre todo con fines de cohesión y de obediencia a la disciplina; la norma es seguir los textos al pie de la letra o exigir que se haga, y usar la teoría para respaldar o bendecir la línea política. No se trata de utilizar el marxismo para comprender mejor, ser eficaces o ser creativos en las prácticas políticas.

Comencé con el marxismo en busca de comprensión de las prácticas y el buen planteo de los problemas importantes. Al captar su alcance, traté de servirme de él para la formulación de un proyecto de futuro de liberación, y también para comprender ese pasado organizado que llamamos historia. Es difícil comprender la historia como historia de las luchas de clases en casos como el cubano, porque Cuba tuvo que pelear mucho para no ser colonia, y nacer como nación. Quizás el principal problema teórico del marxismo en nuestros países venga de la dificultad extrema de relacionar bien la lucha nacional con la lucha de clases. La revolución socialista de liberación nacional cubana hizo un aporte extraordinario al solucionar este problema en su práctica.

Pero el pensamiento de la Revolución no tenía suficiente desarrollo comparado con sus prácticas. Y el pensamiento democrático, el democratismo bajo dominación burguesa de la segunda república, al que me referí, no pudo sostenerse y servir en la nueva situación. Entre otras razones, porque los enfrentamientos, las insuficiencias, los desgarramientos, los cambios eran colosales; porque Estados Unidos emprendió un rígido bloqueo y una agresión sistemática contra Cuba, e intentó incluso apelar a la invasión directa, en el verano de 1962. La contradicción entre una cultura tan occidental, fiada al dinero, el individualismo y el mercado generalizado, y un proyecto tan ambicioso de liberación, frente a tan enormes carencias y enemigos, no dejaba espacio para permitir un democratismo amplio. Por ejemplo, entre 1960 y 1961 terminaron ochenta años de una libertad de expresión que había sido funcional a las reformulaciones de la hegemonía. La democracia

representativa burguesa se acabó, el sistema de partidos políticos, la elaboradísima relación entre la sociedad civil y el Estado, se acabaron.

Ser creativo nunca es fácil, y la idea de copiar a la Unión Soviética parecía atractiva. Para los que ya éramos revolucionarios, tenía en su contra que si los seguidores de la Unión Soviética no habían querido estar en el proceso, cómo iban a hacer ahora los que dirigieran el proceso. Hubo un conflicto muy grande que puso en riesgo interno a la Revolución, debido a lo que se ha llamado el anibalismo¹. Fue un intento precoz de reducirnos a la condición de “democracia popular”, como los países europeos del campo soviético. La camisa de fuerza sectaria en medio de las jornadas heroicas, los esfuerzos supremos y el espíritu libertario de aquellos tiempos ahogaba la posibilidad de crear una organización política de la Revolución, y estimulaba el oportunismo o el alejamiento y hasta el enfrentamiento.

Junto a aquellas prácticas se trató de imponer el llamado marxismo-leninismo, aspecto ideológico-teórico de un sistema de dominación en nombre del socialismo. La misión principal del marxismo-leninismo, construido en la URSS durante la liquidación de su Revolución bolchevique, era proveer a los dominantes un instrumento intelectual autoritario unificado en su contenido, destinado a las funciones de obedecer, clasificar y legitimar. La obediencia sustituía a la disciplina consciente y eliminaba criterios y disensos, la clasificación unía de manera perversa a la verdad alegada con lo correcto y separaba a los buenos de los malos, y la legitimación pretendía que todas las jefaturas, líneas políticas y cuestiones puntuales del poder plasmaran los principios del socialismo científico y el pensamiento de sus autores clásicos. Todo pensamiento que pareciera fuera de esos dogmas se consideraba enemigo o sospechoso.

Las críticas públicas de Fidel el 26 de marzo de 1962 abatieron el poder del sectarismo, y la Revolución tomó medidas y lanzó iniciativas para crear un verdadero partido político comunista que sirviera a la transición socialista. Yo me había negado a pertenecer a las ORI y me había concentrado, como tantos, en servir en tareas concretas revolucionarias. Había pasado un curso emergente, colaborado en el inicio del Plan de Becas y desde enero era profesor de Estudios Sociales (Historia) en una secundaria básica de becarios, pero sin abandonar mis deberes militares, por lo que estaba en una movilización de

1 Se refiere a Aníbal Escalante, dirigente del PSP que fue designado virtualmente como jefe de la organización política naciente, las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Su sectarismo y abusos de poder hicieron daño y crearon un gran malestar.

instrucción de mi Unidad Militar 2254 cuando fui seleccionado, sin saberlo, para pasar un curso muy intensivo y de régimen cerrado en una escuela que se abriría el 3 de septiembre, para ser profesor universitario de Filosofía Marxista. Seríamos 104 alumnos, la mayoría estudiantes universitarios de años superiores; de los que se graduaran saldrían los profesores que harían realidad la disposición de la reciente Reforma Universitaria que establecía que en todas las carreras se cursaran Filosofía y Economía marxistas.

ES: ¿Quién los eligió?

La contradicción entre una cultura tan occidental, fiada al dinero, el individualismo y el mercado generalizado, y un proyecto tan ambicioso de liberación, frente a tan enormes carencias y enemigos, no dejaba espacio para permitir un democratismo amplio.

FMH: Al parecer se pusieron de acuerdo entre varios factores; supe que a mí me propuso el presidente de la Federación Estudiantil de Derecho, a quien yo nunca vi. La organización y dirección de la escuela las proveyó el sistema de escuelas creado por las ORI, pero el subdirector procedía del Movimiento 26 de Julio. La mayoría de los profesores fueron traídos de la Unión Soviética, se les llamaba hispano-soviéticos, porque habían sido niños españoles llevados a la Unión Soviética durante la Guerra Civil; su idioma materno era el español y su vida y formación política eran soviéticos. Como ellos, vinieron otros a Cuba y en general prestaron servicios valiosos. En la escuela fueron los profesores de Materialismo Dialéctico e Histórico, Economía Política e Historia Universal. El claustro se completaba con cubanos para Historia de Cuba, Colonialismo y Subdesarrollo e Historia de la Filosofía. Los dos primeros procedían del PSP.

ES: ¿Esos españoles soviéticos venían de la academia?

FMH: Al menos los dos primeros. Los tres eran miembros del Partido Comunista de la Unión Soviética. Eran profesores calificados, aunque con diferencias de personalidad. Pero la formación en la escuela era estrictamente de tipo marxista-leninista soviética, aunque debíamos

estudiar también ciertas obras de los clásicos del marxismo. El manual soviético *Los fundamentos de la Filosofía*, de F. V. Konstantinov, era el libro de cabecera pedagógico, porque se esperaba que lo utilizáramos para la enseñanza masiva a los estudiantes de todas las carreras universitarias. Aquella orientación se daba de narices con mi formación previa, que aunque no era grande en teoría ya tenía algunos avances. También estaba muy avanzado en mis estudios de Derecho, lo cual me ayudaba contra dogmas y simplificaciones. Era inevitable que tuviera conflictos en aquella escuela.

ES: ¿En esa escuela que te mandaron, ahí se dio el choque?

FMH: Primero me fugué de la escuela al inicio de la Crisis de Octubre, la noche del día 22, cuando el presidente Kennedy anunció el bloqueo naval de Cuba por tener armas nucleares soviéticas. La Dirección Nacional de Escuelas envió de inmediato una notita que nos leyeron a los cien alumnos en el patio. Orientaba que nuestro deber en aquella hora de Cuba era “estudiar y estudiar, como dijo Jorge Dimitrov”. Regresé al albergue, tomé mi pistola y una mochila, y me marché a unirme a mi unidad militar. Durante la madrugada llegamos a la zona asignada a la División Antidesembarco de Occidente, un tramo de costa desde Mariel al oeste, que tenía detrás la base de cohetes nucleares que Kennedy conocía por San Cristóbal. Era una dirección principal para la invasión proyectada; allí estuvimos esperándolos durante un mes.

ES: ¿Y la escuela dónde estaba físicamente? ¿En La Habana?

FMH: Eran unas residencias de las abandonadas por sus dueños al irse del país, en el Nuevo Vedado, un barrio elegante. No tenían nada que las identificara, como si fueran clandestinas. Durante el curso murió en un accidente aéreo, en Perú, Raúl Cepero Bonilla, el gran historiador marxista independiente que publicó, en 1948, el clásico de nuestra heterodoxia histórica, *Azúcar y abolición*. Al morir era ministro en el Gobierno Revolucionario. En su honor le pusimos su nombre a nuestra escuela.

ES: ¿Quién mostró las fotos de las bases de cohetes en Naciones Unidas?

FMH: Fue Adlai Stevenson. Cuando terminó la crisis, que fuera de Cuba se suele llamar de los misiles, regresé a la escuela. En ese caso pasé de fugado a aplaudido. Pero no fue igual en otros casos, recuerdo

dos. En una reunión de estudios con todos los alumnos se afirmó que Cuba tuvo primero una revolución democrática, agraria e antiimperialista, de tipo violenta, y después una socialista, de tipo pacífica. De esa manera simplona y falsa se satisfacía la línea preconizada por la URSS a los que aspiraban al socialismo, el llamado paso pacífico. Me opuse, planteando que los tres apellidos de la supuesta primera revolución escondían el verdadero en su doctrina, que era “democrático-burguesa”, y que no lo usaban porque Fidel y el mismo movimiento político eran los protagonistas de ambas revoluciones. Que en Cuba hubo una sola revolución interrumpida, y no dos revoluciones, o dos “etapas” de la Revolución, como se solía decir también.

Hasta el día de hoy se sigue diciendo en escuelas cubanas que hubo dos “etapas” en la Revolución, con los “rasgos” citados de cada una. Fíjate qué tenaz puede ser el dogmatismo. Aquel día en la escuela me criticaron, pero poco después tuve la satisfacción de leer un artículo de Osvaldo Dorticós Torrado, el presidente de la República, en el número 1 de la revista política oficial *Cuba Socialista*, titulado “Los cambios económicos y políticos de la Revolución Cubana”, en que planteaba que la cubana era una revolución ininterrumpida.

Mi segundo problema fue más grave. Cada día uno de los alumnos debía hacer el ejercicio pedagógico de exponer una clase para alumnos universitarios ante toda la escuela y los profesores, que evaluaban su calidad en ese aspecto crucial —ya que nos preparábamos para ser docentes—, podían hacerle preguntas sobre el contenido. La bibliografía básica era siempre un acápite del manual de Konstantinov, ya que esa sería la básica para los alumnos. Por desgracia, a mí me tocó el dedicado a la dictadura del proletariado. Preparé lo mejor que pude la didáctica, pero al exponer en la clase lo que decía el manual, añadí que en la práctica histórica no había sido así, porque una gran parte de los revolucionarios en la Unión Soviética habían sido asesinados por sus propios compañeros en la segunda mitad de los años treinta. El profesor Luis Arana Larrea, de Filosofía, que era el líder intelectual de la escuela, me interrumpió entonces: “Eso no fue así”. Le respondí: “¿Cómo que no fue así?”. Y Arana, que era muy honesto, dijo: “Nadie sabe hasta el día de hoy quién mató a Kirov”. Yo le contesté: “Quién mató a Kirov no, pero todo el mundo sabe que a todos los demás los mató Stalin”. Fue un escándalo.

La segunda cuestión era grosera, la primera era más intelectual. Respecto a esta, no hay que subestimar la necesidad de certezas que tienen los que participan en un movimiento absorbente y abarcador como es una gran revolución. El socialismo de tipo soviético y sus símbolos les parecieron a muchos ser aptos para cumplir esa función durante gran parte del siglo XX. Pero las realidades de la Revolución

Cubana eran otras, y el pensar nos colocaba lejos o en contradicción con aquella posición.

Aquel tipo de socialismo tenía manifestaciones diferentes en el campo del pensamiento. Por ejemplo, el del Partido Comunista francés, producido en un ámbito político y cultural que no era el soviético. El libro *La Libertad*, de Roger Garaudy, un teórico muy conocido en su tiempo, circuló en Cuba en miles de ejemplares. El modo de tratar sus temas y su prosa elegante eran una opción para gente más instruida y más exigente, y en el fondo su mensaje político era el mismo. Otro libro de Garaudy que circulaba era *Un realismo sin riberas*, una defensa del llamado realismo socialista en el arte, desde una perspectiva que parecía más permisiva. Otros libros de comunistas franceses cumplieron esa misión de atraer hacia la ideología del movimiento comunista orientado por la URSS, en la Cuba de aquellos años.

ES: ¿Cómo terminaste en aquella escuela de profesores marxistas?

FMH: Al final me incluyeron en la selección de docentes para la universidad. La lista contenía veinte nombres, de apellidos de la A a la Z, y el veintiuno era yo. Un día supe que me habían agregado, porque lo reclamó el subdirector. Fuimos los fundadores del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, el 1 de febrero de 1963. La tarea era, como te dije, enseñar Filosofía Marxista a los alumnos de todas las carreras. Era una empresa enorme y nosotros no sabíamos casi nada, aunque habíamos estudiado intensamente todo el tiempo durante cinco meses. Así eran las cosas, y así se enfrentaban las necesidades de la Revolución. El texto para alumnos era aquel manual de Konstantinov, pero nosotros nos impusimos un duro programa de superación. Si el supuesto objeto de la Filosofía Marxista eran las leyes de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, debíamos estudiar buenas divulgaciones de la teoría de la relatividad de Einstein, y que algunos de nosotros se asomaran a la mecánica cuántica y se la explicaran a los demás. Debíamos estudiar la historia universal, desde perspectivas no tradicionales, y la historia de los filósofos griegos. Y estudiar a pensadores cubanos, como Enrique José Varona, e incluso el pensamiento social del novelista cubano Carlos Loveira.

ES: ¿Te acuerdas qué otros historiadores, no tradicionales?

FMH: Al inicio, Henri Pirenne, dos alemanes de la RDA, Günther y Schrott, el italiano Emilio Sereni, y otros. Pero en 1964 leí *El ingenio*, del cubano Manuel Moreno Fraginals, uno de los grandes historiadores

de América en el siglo XX, que acababa de salir. Esa obra marxista, erudita, heterodoxa y audaz le dio un gran impulso a mi formación. Nunca he separado del todo la Historia de las demás disciplinas de la ciencia social, y creo que así debe ser para entenderla bien. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui, fue otra revelación para mí: un marxismo creador, capaz de encontrar y desarrollar los temas realmente importantes, con gran vigor teórico y acierto político, ausencia de prejuicios y una bella prosa. La edición cubana inició el rescate de Mariátegui en los años sesenta. Carlos Marx fue la constante en mis estudios marxistas desde que co-

Al estudiar los pensadores cubanos no hicimos una clasificación de marxistas y no marxistas, porque ya sabíamos que eso sería un error grave.

nocí el *Manifiesto*. En la escuela para profesores amplié el estudio de su obra, y en 1963 comencé una relación muy profunda con *El Capital*, que me ha dado innúmeros frutos. Organizamos un curso muy riguroso de los tres tomos de *El Capital* en el Departamento, página por página, que pasamos algunos miembros. Me dediqué a estudiar con método las obras suyas que encontraba en español, traté de conocer su vida con ayuda de Mehring y de Cornu, y en 1965-1966 fui uno de los animadores de un seminario en el Departamento sobre su obra de juventud, que resultó muy polémico. Pronto fui considerado el “especialista en Marx” por mis compañeros.

El otro protagonista de estos primeros años de mi formación fue Antonio Gramsci, el filósofo marxista que más me ha influido. Estudié los cuatro tomos “verdes”, la edición argentina de *Cuadernos de la cárcel*, subrayando, anotando al margen y llenando una libreta de colegio con notas aparte, al mismo tiempo y del mismo modo que hacía con *El ingenio*. Fue un descubrimiento trascendental para mí, que me abrió un mar de posibilidades analíticas y reforzó mucho mi tendencia a buscar una posición teórica autónoma. Por otra parte, advertí que Gramsci no existía en la literatura marxista soviética. El Partido Comunista argentino había publicado los *Cuadernos* entre 1958 y 1962; Cuba adquirió una buena cantidad y los distribuyó aquí.

ES: ¿Quién hizo eso?

FMH: Supongo que ha sido Dorticós. No creo que fuera el Che. He registrado y preguntado mucho si el Che leyó a Gramsci, pero no he hallado ningún indicio a favor. Es extraño.

ES: A Mariátegui, sí.

FMH: Sí, a Mariátegui sí, lo conocía desde que tenía 17 años de edad. Poco tiempo después conocimos la obra de Frantz Fanon, que también constituyó una influencia muy grande para nosotros. Estudiamos a todos esos pensadores marxistas, y a Lenin, Fidel, el Che, Mao Tse Tung, Trotsky, después a Ho Chi Minh. Pero hacíamos lo mismo con pensadores que no eran marxistas y que hicieron aportes muy importantes; creo que ese fue uno de los aciertos del grupo de Filosofía desde el inicio. Al estudiar los pensadores cubanos no hicimos una clasificación de marxistas y no marxistas, porque ya sabíamos que eso sería un error grave.

En 1964 comprendimos que no podíamos utilizar más el manual soviético.

Los alumnos no se merecían eso. Declaramos experimental el siguiente curso –en Cuba son de septiembre a junio–; cada profesor podía introducir cambios de materia y bibliografía con libertad, dentro del programa general, pero en un seminario semanal interno del Departamento, por grupo de Facultad, se discutían el contenido y los aspectos pedagógicos de lo que estaba haciendo.

Para fortalecer nuestra preparación, obtuvimos permiso a la Rectoría de la Universidad para que los miembros del Departamento cursaran cualquier asignatura en cualquiera de sus escuelas, con todos los deberes de asistencia y evaluaciones, que debían certificarse, pero sin pretender cursarlas todas y obtener el título. Durante unos tres años tuvimos profesores-alumnos en numerosas carreras. Por ejemplo, dos compañeras cursaron los dos primeros años completos de las licenciaturas en Matemáticas y en Física –que eran muy difíciles–, respectivamente. Yo cursé cinco materias en la Escuela de Historia, un total de seis cursos. Uno de mis profesores fue Alejo Carpentier, de Literatura Moderna. Nunca lo he olvidado, porque fue una maravilla; Carpentier hablaba de lo que le daba la gana, pero aprendimos muchísimo, y era encantador.

Durante los nueve años que duró el Departamento de Filosofía tuvimos sistemas muy rigurosos de discusión y control de la docencia que hacíamos, de la superación que era obligatoria para todos

y los resultados de la que era optativa de cada uno. En general, fuimos sumamente exigentes y organizados, y esa era una de las bases principales del tremendo espíritu de grupo que pronto desarrollamos.

ES: ¿Qué cargo tenías en el Departamento?

FMH: Yo fui pasando por muchos cargos. Empecé de administrador, buscando bombillos, porque no había. Pronto fui jefe de uno de los tres grupos de trabajo docente, después fui el responsable de una de las tres áreas de investigación, la de Dialéctica de la Sociedad. Todos los miembros estaban obligados a pertenecer a uno de los grupos de docencia y a una de las tres áreas de investigación. Formé parte del Consejo de Dirección que creamos en 1964, fui el subdirector desde 1965 y pasé a ser el director el 1 de septiembre de 1966. Pero nunca abandoné mi unidad de reserva de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Al inicio de 1964 tuvimos una pequeña crisis política. No te había dicho que Luis Arana fue el primer director del Departamento. Está clara la intención de los que lo nombraron, pero Arana fue sumamente positivo para nosotros. Era un destacado psicólogo en Moscú, que la coyuntura y la disciplina pusieron en aquella tarea en Cuba. Pero aquel hombre laborioso y modesto tenía una enorme honestidad, no trató de imponer nada y se dedicó a fondo a enseñarnos organización, cumplimiento y tolerancia en cuanto a las ideas. Una vez dijo: “Yo sigo a mi partido, ustedes sigan al suyo”. Cuando el rector Juan Marinello fue sustituido, nuestro director lo fue también, sin causa alguna.

ES: ¿Era español?

FMH: Era vasco, y español de la Unión Soviética. Lo sacaron de niño, poco antes de caer Bilbao. Contrajo tuberculosis de muchacho, pero logró ser soldado voluntario en la guerra contra los nazis, lejos del frente. Nosotros nos negamos a admitir al nuevo director que designaron, que era un antiguo miembro del PSP, de ideas y actitudes muy lejanas a las nuestras. No permitimos su entrada en la calle K número 507 —la casa de El Vedado en que residía el Departamento— durante unos meses, hasta que el propio presidente de la República vino a visitarnos, para que lo admitiéramos. Así son las revoluciones. Dorticós nos hizo un discurso memorable, que nunca se ha publicado. Entre otras cosas, nos dijo que los manuales de marxismo existentes en Cuba no servían para la Revolución Cubana, y señaló nuestra misión: “Ustedes van a tener que incendiar el océano, y yo no sé cómo lo harán”. Pidió que aceptáramos al nuevo director... pero con esos consejos... Al nuevo

director lo aceptamos, pero jamás lo obedecimos en nada, y formamos un Consejo de Dirección que neutralizaba su actuación y dirigía en la práctica el Departamento. Él era un figurón, y como tenía otro cargo nacional, se paseaba entre los dos.

ES: ¿Quiénes formaban la dirección contigo?

FMH: Éramos Aurelio Alonso, Jesús Díaz, Luisa Noa, Ricardo Jorge Machado, Rolando Rodríguez y yo. El año 1965 fue un hervidero. Por ejemplo, por pequeños grupos hacíamos estudios profundos de diferentes temas. Mencioné el de *El Capital*. Estuve también en el pequeño grupo que estudió la teoría del conocimiento de Descartes, con una profesora francesa que estaba en Cuba por acompañar a su esposo enfermo, un guerrillero venezolano. El seminario sobre la obra del joven Marx, que también mencioné, incluyó también un conflicto con dos miembros del Departamento un poco mayores en edad que nosotros, que no aceptaban el abandono del marxismo de tipo soviético. Finalmente se trasladaron a otras áreas universitarias. Es bueno aclarar que aquel movimiento tan vigoroso y decidido en que estábamos no fue aceptado por todos los que ingresaban, y por diversas razones hubo debates y salidas del Departamento. Pero siempre fuimos la gran mayoría y nunca hubo una división.

Las investigaciones y discusiones, la docencia, la superación, mil tareas intelectuales en las que nos involucramos, y otras tantas tareas prácticas de la Revolución relacionadas con nuestra dedicación y nuestra posición hicieron que desde el inicio de 1966 estuviera totalmente desplegada la participación del Departamento de Filosofía en el desarrollo del pensamiento marxista y en la herejía cubana en curso.

Éramos ortodoxos en el sentido del apego a Marx y a Lenin, tanto que del lado dogmático nos acusaron de “clasicistas”, por querer que los grandes del marxismo sustituyeran a los manuales soviéticos. Pero nos embanderamos con la dialéctica, crítica y revolucionaria por esencia, como escribía Marx para la segunda edición de su tomo I de *El Capital*, y como ella, no nos dejábamos intimidar por nada. Sólo para ilustrar, porque sería demasiado largo exponer todas las cuestiones importantes, desarrollamos un seminario interno que duró dos años acerca de la historia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, y el pensamiento de Uliánov-Lenin. Y es que estábamos poniendo todo pensamiento en relación con su propia historia y con sus condiciones de existencia.

Lo principal fue que pensamos con nuestra propia cabeza, nos habituamos a un pensamiento crítico y establecimos un punto de vista propio. Uno de los logros fundamentales fue comprender que el

marxismo tiene historia, y que el dogma de que es igual a sí mismo y la pretensión de ser la ciencia de las leyes más generales de todo son dos errores funestos. Debíamos investigar el proceso de las ideas marxistas, sus tesis, argumentos y debates, encontrar los autores y las tesis desaparecidos, establecer conexiones, disensos y corrientes diversas. Al mismo tiempo, dominar la historia de las revoluciones y las contrarrevoluciones en Europa, en medio de la acumulación capitalista y la colonización del mundo, y la estabilización de la hegemonía burguesa –incluso sobre el movimiento marxista– mientras nacía y se desarrollaba el imperialismo. Dominar la historia de las independencias coloniales y los pasos a la neocolonización, la historia de las ideas y movimientos de liberación nacional y sus diferentes tipos, y la historia real de las revoluciones socialistas. Y, no menos importante, las historias de las posrevoluciones y las reformulaciones de la hegemonía, de los sistemas de dominación, de los reformismos. En suma, la historia del pensamiento marxista y de sus condicionamientos, dentro de la gran historia del dominio sobre los pueblos y las personas, el acatamiento, las resistencias y rebeldías, las luchas de clases y de liberación. Sin olvidar jamás que el pensamiento goza de cierta autonomía respecto a sus condiciones de producción, y que ese rasgo debe tornarse decisivo cuando se trata de pensamiento anticapitalista y socialista.

ES: ¿Estaban leyendo heterodoxos marxistas?

FMH: Muchos, además de los mencionados. Los europeos de la época del bolchevismo y sus antecesores. Pensadores de los años treinta y cuarenta de diferentes países, que íbamos encontrando. Y los autores contemporáneos, que se acercaban por lo general atraídos por la Revolución Cubana, o nos facilitaban textos. De Estados Unidos, Baran, Sweezy, Huberman, y también el sociólogo crítico Wright Mills. Los británicos Robin Blackburn y Perry Anderson, con los que entablé amistad personal, y su revista *New Left Review*. De Francia leíamos autores interesantes, y en 1965 apareció Louis Althusser. Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty nos eran muy útiles. Galvano Della Volpe.

ES: ¿Ernest Mandel?

FMH: Sí, Mandel era un gran amigo de la Revolución Cubana, y su participación en la polémica económica cubana de 1963-1964, del lado del Che, atrajo nuestra atención y simpatía.

Después de 1965 todas esas lecturas y relaciones externas dieron un salto gigantesco hacia delante y se multiplicaron, como

sucedió en general con todas nuestras actividades, al mismo tiempo que se plasmaba abiertamente nuestra posición. La segunda mitad de los años sesenta fue el tiempo de la plenitud del Departamento de Filosofía, el tiempo de *Pensamiento Crítico*, y esto sucedió en íntima relación con la plenitud de la profundización del socialismo cubano, y de la herejía cubana.

Vuelvo a los autores, y entro en la segunda mitad de los sesenta. En Italia estaba el grupo marxista más fuerte de Europa capitalista. Tuvimos una gran relación con los italianos. La obra de Lucio Colletti, Mario Rossi, Pietranera, Santis, Cerroni y otros nos era familiar, compartimos con Saverio Tutino y K.S. Karol, leíamos a Rossana Rossanda, Vittorio Strada y muchos más. Además de libros, recibíamos revistas de pensamiento italianas, y el semanario *Rinascita*, a mi juicio la mejor revista cultural marxista de aquella época. Estas relaciones resistieron bien las diferencias que teníamos con la “vía italiana al socialismo”. Recuerdo, por ejemplo, con una sonrisa, una conversación con Luca Pavolini. Lo cierto es que estos fraternos amigos me siguieron enviando a mi casa *Rinascita* muchos años después del cierre del Departamento, actitud que también tuvieron *New Left Review* –hasta el día de hoy–, un buen número de otros publicistas marxistas y otros que no lo eran, como *Les Temps Modernes*.

Leímos toda la obra de Althusser de aquellos años, según iba saliendo en Francia. Y los libros de Ernest Mandel. Ya conocíamos a Trotsky; ahora estudiábamos *La revolución traicionada*, *Los nuevos rumbos*, *Historia de la Revolución Rusa*, *Literatura y revolución* y otras obras suyas. Sus críticas fueron muy importantes para nosotros. Pero estudiamos la Revolución soviética y el bolchevismo sobre todo por la obra y la vida de Lenin. Estábamos totalmente opuestos a la versión oficial impuesta por Stalin –aunque estudiamos varias obras suyas–, pero entendíamos que Lenin había sido con mucho el más grande y así lo exponíamos también a los alumnos. Lo que sucedía es que, por ejemplo, si analizábamos sus críticas a Bujarin, también leíamos a Bujarin.

ES: ¿Leían a Rosa Luxemburgo también?

FMH: Naturalmente. Incluso reproducimos en mimeógrafo sus textos críticos en polémica con Lenin, de 1904 y 1918. Las iniciativas, los problemas y los debates de ideas de los bolcheviques, marxistas enfrentados al reto mayor, eran inapreciables para nosotros. Los manejamos en detalle, y adelantamos todo lo que pudimos en el conocimiento y la comprensión de aquel evento histórico crucial en la historia de las revoluciones y del socialismo. Recuerdo que incluso los que podíamos

leer francés conocimos el debate de 1921, acerca de cómo educar al niño preescolar, en la revista de Maspero, con la que tuvimos una gran relación. Y estudiamos a otros autores marxistas del tiempo de la primera gran ola revolucionaria del siglo XX, la que va de 1917 a la Guerra de España. Georg Lukács, Karl Korsch, Wilhelm Reich, Ernst Bloch, Walter Benjamin y otros.

En 1966 tuvimos la Segunda Plenaria Nacional de Profesores de Filosofía, organizada por el Departamento. Habíamos celebrado la primera en 1964. Fue discola, pero todavía sin mucho desarrollo. La del 66 sí fue abiertamente hereje y desafiante, y traía pro-

[...] el pensamiento goza de cierta autonomía respecto a sus condiciones de producción, y que ese rasgo debe tornarse decisivo cuando se trata de pensamiento anticapitalista y socialista.

puestas nuevas. Yo lancé una especie de consigna previa: “Tenemos que poner al marxismo-leninismo a la altura de la Revolución Cubana”. Parece una frase prepotente, pero en realidad expresaba una necesidad insoslayable.

ES: No había salido la revista todavía.

FMH: No. Pero ya el Departamento tenía una apreciable presencia externa. Primero, porque a través de la docencia informábamos e influíamos a una cantidad enorme de jóvenes. En segundo lugar, la vocación de divulgar nos había llevado a conseguir un mimeógrafo muy temprano; con él imprimíamos lo que nos parecía imprescindible rescatar o dar a conocer. Por ejemplo, leímos el candente discurso que el Che Guevara acababa de pronunciar en Argel el 24 de febrero de 1965 y decidimos picar estenciles, tirarlo y repartirlo a los alumnos. Por ese hecho algunos nos acusaron de “revisionistas de izquierda”. En mimeógrafo publicamos textos que no teníamos disponibles en libros, por ejemplo, fragmentos de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci, que hacíamos estudiar a los alumnos en 1965. En enero de 1966 publicamos nuestro primer libro de texto para estudiantes, *Lecturas de Filosofía*. Tenía más de 700 páginas, nos lo editó la Imprenta Universitaria.

ES: ¿Había varios autores?

FMH: Veintisiete autores, sólo cuatro eran del Departamento. Seguía la estructura general de nuestro curso de 1965-1966. Puedes encontrar allí a Amílcar Cabral y Leontiev, el Che y Manuel Sacristán, Engels y Althusser, sesenta páginas de textos de Gramsci, Fidel, Marx, Lenin, Paul Sweezy, Einstein, Meliujin, Gordon Childe. Algunos de los autores decían cosas con las que no estábamos de acuerdo. Esto nos llevó a un vuelco tremendo en la docencia. En la breve nota de presentación hice una crítica muy dura y muy clara del dogmatismo que nos llegaba en nombre del marxismo.

Además de la Segunda Plenaria, numerosos hechos conformaron el despliegue de la posición del Departamento de Filosofía aquel año 1966. La polémica alrededor del uso de manuales en la enseñanza del marxismo nos enfrentó a la Dirección Nacional de Escuelas del Partido, que era un baluarte del marxismo soviético. Abolimos del todo el contenido de la asignatura, que en su origen se llamaba Materialismo Dialéctico e Histórico, e implantamos otro contenido, bajo el título de Historia del Pensamiento Marxista. Aquel verano también realizamos un breve curso intensivo con 36 alumnos seleccionados, de los cuales escogimos 24 al final para incrementar el número de nuestros docentes. La estructura interna del Departamento se adecuó a esos cambios, y a una enorme cantidad de tareas que hacíamos para los órganos de la Revolución.

Nuestra Historia del Pensamiento Marxista se explicó durante cinco años a todos los alumnos universitarios, hasta 1971. Logramos que las universidades de Oriente y Las Villas –las otras dos que tenía el país entonces– la aceptaran e implantaran también. Después se decretó el olvido de esa experiencia, y hasta hoy no se menciona, pero muchos miles de universitarios la estudiaron.

Esos avances nuestros sucedían mientras la Revolución profundizaba su socialismo cubano y su internacionalismo, y la dirección de la insurrección tomaba todo el timón. El 3 de octubre de 1965 se creó oficialmente el Partido Comunista de Cuba, y su Comité Central expresaba ampliamente ese predominio. Al frente del Partido se puso a Armando Hart, un hombre destacado como izquierdista cubano dentro del movimiento insurreccional, que tenía ideas socialistas desde que era muy joven. En ese ambiente favorable logramos controlar la plana cultural del diario *Juventud Rebelde*, y en febrero de 1966 fundamos el suplemento cultural de ese diario, “El Caimán Barbudo”, una empresa mucho más ambiciosa. El director fue Jesús Díaz.

ES: ¿Era más cultural?

FMH: Sí, había varios poetas, que hicieron un vibrante manifiesto inicial, y otros eran prosistas. Siempre predominaron los temas de cultura en estricto sentido, los poemas y narraciones y la crítica, pero siempre había textos de pensamiento. La posición política era, naturalmente, revolucionaria radical. La mayoría de los “caimaneros” no pertenecía al Departamento; varios de ellos, entonces muy jóvenes, han alcanzado justa fama como literatos. Publiqué un artículo breve en el primer número, “¿Por qué Julio Antonio?”, en el cual explicaba quién era Mella y reivindicaba su comunismo frente al dogmatismo, el reformismo y las miserias de otros que vivían bajo la bandera comunista. Multiplicábamos también el alcance de lo que hacíamos porque los lectores ya eran cualquier lector del país. En el número 11 publiqué el breve ensayo “El ejercicio de pensar”, escrito en diciembre de 1966, mi primer trabajo de algún alcance. Entonces alcanzó notoriedad, y regresó cuarenta años después, como título y dentro de un libro mío.

Establecimos una relación directa con Fidel Castro durante 1965. A inicios de noviembre nos pidió que lo acompañáramos a la Sierra Maestra, y subimos hasta el Turquino con él, en una columna de universitarios que honraba a la primera graduación de médicos que habían hecho toda su carrera dentro de la Revolución. La noche del 7 de diciembre se presentó en el Departamento, y nos planteó que el capitalismo colonialista se había apoderado de las riquezas de los pueblos, y era por eso que su producción científica tenía un inmenso desarrollo. Que no había razón alguna para pagarles derechos de autor, ahora que debíamos apoderarnos con urgencia de los conocimientos y carecíamos de recursos suficientes. Nos exhortó a buscar lo último valioso publicado en todas las ciencias, y traerlo para ser publicado al servicio de los jóvenes y los estudiosos cubanos. Él pensaba que nosotros podíamos hacerlo.

Así surgió, a media noche, la empresa que llamamos poco después Edición Revolucionaria, la madre del Instituto del Libro, fundado por decisión de Fidel el 1 de septiembre de 1966. Al inicio no teníamos ni idea de cómo íbamos a hacerlo, pero nos lanzamos a la obra con entusiasmo y laboriosidad ejemplares. Visitábamos en sus casas a profesionales notables, especialistas –en algunas áreas muy pocos se habían quedado en Cuba–, a los que pedíamos los datos de libros fundamentales recientes que conocieran o tuvieran noticia de ellos, de todas las ciencias básicas y las demás, de la medicina, las ciencias sociales, las ingenierías, las agropecuarias, de todo. Elaboramos listas enormes, y enviamos a España con ellas, y con 30 mil dólares ocultos

en sus ropas, a dos compañeros nuestros, que se hacían ver como una pareja. Entonces en España no había muchos turistas, ni muchas divisas, pero tenían una potencia editorial muy grande: compramos de todo, dos ejemplares de cada título. Llenamos dos habitaciones del Departamento con ellos, del piso al techo. Todavía recuerdo los nombres de autores famosos de ciencias y técnicas que ignoro, aunque también trajeron muy buenos textos de las disciplinas sociales, y hasta las actas de los procesos de Moscú.

“Intervinimos” fraternalmente el Consolidado de Artes Gráficas, y enseguida nos vimos envueltos en los innúmeros líos de la producción en las condiciones cubanas de entonces. No parábamos nunca y dormíamos muy poco, pero pronto funcionaba una estructura pequeña y eficaz, y pronto comenzaron a salir las ediciones con una gran R en el lomo, que se entregaban gratuitamente a los estudiantes universitarios. No le pagamos un centavo extra a nadie por nada de lo que se hizo. Y no pagamos ni un centavo de derechos de autor. Cuba no confrontó el menor problema por aquella cruzada revolucionaria que adelantó mucho los conocimientos y capacidades existentes en el país, creo que por dos razones: éramos un país bloqueado y bastante aislado, pero absolutamente soberano; y no había riesgo para los tiburones de la industria editorial de que los editores cubanos aparecieran con sus libros en ninguna parte fuera de Cuba.

Fui el segundo jefe durante el proceso de Edición Revolucionaria. El jefe era el compañero nuestro que al fin había sustituido al director que no nos dirigía. Él pasó a ser el primer presidente del Instituto el 1 de septiembre, y yo fui nombrado director del Departamento de Filosofía. Aunque la decisión provenía de alto nivel, reuní a todos en asamblea y les pregunté si me querían como director, y al responder que sí, asumí el cargo.

En menos de un año se había expandido a un grado insospechado nuestra capacidad editorial. En cuanto al Instituto del Libro, fui fundador de su Editorial de Ciencias Sociales, y organicé un Consejo Asesor compuesto por Raúl Roa, Alfredo Guevara, Carlos Rafael Rodríguez y yo, que funcionó unos cuatro años. Leer la lista de lo publicado en esos años puede dar una idea de la libertad, los avances extraordinarios y las perspectivas que propició la joven Revolución en el pensamiento y las ciencias sociales. No puedo dar detalles que alargarían aún más mis palabras, sólo quiero recordar que también publicamos *Economía y sociedad*, de Max Weber, el gran clásico de la sociología, conservador en política. Una obra de más de mil 200 páginas, y quizás esta edición cubana sea la más grande en número de ejemplares que se haya publicado en el mundo de esa obra: queríamos

que estuviera al alcance de cualquiera. También publicamos otros libros muy valiosos cuyos autores eran ajenos a las ideas socialistas.

ES: ¿Cuándo y cómo llegó Louis Althusser?

FHM: Ya en 1965 se habían publicado en Cuba al menos dos textos principales de los que el francés reunió en *Pour Marx*; se tomaron de la revista *La Pensée*, pienso que por iniciativa de Dorticós. El primer texto sobre teoría que publiqué en mi vida fue una reseña crítica de *Contradicción y superdeterminación*, en *Juventud Rebelde*, el 24 de diciembre de 1965. Inmediatamente que apareció *Pour Marx*, publicamos el libro, con el mismo formato y contenido que la edición francesa. A fines de 1966 ya habíamos publicado en Cuba el tomo I de *Leer El Capital*, y el tomo II lo publicamos en 1967. A *Lenin y la filosofía* lo sacamos también a los dos meses de salir en Francia. Es decir, todas las primeras ediciones en español del momento cenital de Althusser son cubanas. Lo digo porque lo usual es que los autores de habla española nunca las citen, sino a las ediciones de Siglo XXI, que son posteriores. Althusser fue muy importante para la necesidad de “volver a Marx” –que en Cuba era sencillamente ir– para recuperar el marxismo revolucionario y negar las deformaciones del marxismo. En eso prestó un gran servicio a todos los estudiosos, aunque tuvimos que rechazar su cientificismo y antihistoricismo.

Fue Ernesto Che Guevara quien tuvo la iniciativa de publicar a Frantz Fanon en Cuba. La primera obra que salió fue *Los condenados de la tierra*. Nosotros publicamos más adelante *Por la revolución africana* y *Piel negra, máscaras blancas*, que en realidad es el primero de los tres que escribió. Combatiente en la Segunda Guerra Mundial, psiquiatra, nos encantaba que hubiera estado con el Frente de Liberación Nacional argelino. La solidaridad internacionalista cubana con el FLN fue muy activa, incluso Fidel reveló hace algún tiempo que se les compró alguna artillería en Europa. La Revolución argelina gozaba una gran simpatía en Cuba. Pero la obra misma de Fanon fue un gran descubrimiento. Era el marxismo anticolonialista, Marx en manos del colonizado que se libera, el racismo como tema revolucionario, el análisis profundo de las consecuencias de las dominaciones sobre el individuo que las sufre. Con Fanon adelantamos más en nuestra concepción. *Los condenados* fue utilizado como texto en la docencia.

José Carlos Mariátegui, Antonio Gramsci y Fanon son tres obras y tres vidas, diferentes en sus circunstancias y en sus temas y aproximaciones intelectuales, dentro del proceso de la universalización del marxismo, tanto en el ámbito geográfico como en sus relaciones

con las necesidades y los movimientos políticos y con el pensamiento y las ciencias sociales. Pero resultaban articulables y aun complementarios desde nuestra posición.

En 1966 nosotros formábamos parte con nuestras prácticas de la nueva construcción teórica cubana que se estaba levantando. En lo que hacíamos estaba la marca de esa novedad. Edición Revolucionaria significaba producir libros en gran escala y para todo el país. El primer libro de teoría que publicamos fue *La ideología alemana*, de Carlos Marx; el segundo, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, de Antonio Gramsci. Los dos en miles de ejemplares. Después sacamos obras tan diversas como *La nueva economía*, de Eugenio Preobrazhensky, o *Antropología estructural*, de Claudio Lévi-Strauss.

ES: ¿Cómo nació *Pensamiento Crítico*?

FHM: En ese mismo año estábamos discutiendo mucho la necesidad de una revista teórica. No puedo asegurar cómo nació el nombre de *Pensamiento Crítico* entre un buen número de alternativas que manejamos. Lo cierto es que cuando al fin apareció la fórmula “pensamiento crítico”, todo el mundo estuvo de acuerdo. Nosotros nunca quisimos ni aceptamos ser voceros de una posición, simples propagandistas. Nos parecía que eso estaba muy bien y hacía mucha falta, pero que no era nuestra tarea. Creíamos firmemente que el pensamiento debe tener una autonomía como tal. La militancia consiste en muchas cosas, pero no en que el pensamiento sea una obediencia intelectual. Hacíamos gran hincapié en esto. Más adelante acuñé una frase que me pareció muy gráfica: “Yo pienso porque soy militante, no a pesar de ser militante”. “Pensamiento crítico” expresaba con exactitud, y más por ser una síntesis, lo que queríamos hacer.

Respecto al contenido, la idea que triunfó, que no fue la primera, fue hacer una publicación con textos no tan extensos como los de un libro ni tan cortos como los de una publicación semanal, que expusieran y debatieran todos los principales problemas vigentes del pensamiento. Ante todos los problemas de las revoluciones, pero también los del capitalismo imperialista actual, las resistencias y rebeldías, pero también las adecuaciones a la hegemonía de la dominación, las formas mismas de pensamiento como tales, y otros asuntos. No quisimos que abordara sobre todo las cuestiones cubanas, aunque ellas siempre tuvieron amplio espacio en la revista, sino que sirviera a los cubanos para conocer un mundo en el que ansiábamos participar y con el que estábamos comprometidos, y sirviera a cualquier lector en el mundo que quisiera conocer y comprometerse.

Era una revista mensual de 224 páginas de textos corridos –un buen número de veces tuvo más páginas–, sin fotos, con viñetas. Del primer número salieron 4 mil ejemplares; del segundo, 6 mil; al cuarto número pasamos a 10 mil, y pronto subimos a 15 mil ejemplares. Para ese tipo de revista era una tirada muy grande, pero desde el inicio fue muy solicitada, y teníamos un sistema realmente bueno de distribución. Le dábamos gran importancia a su belleza formal, y tuvimos la suerte de contar todo el primer año con Alfredo Rostgaard, un diseñador novato que a mi juicio fue el más grande de los artistas de su tipo en su generación, en un momento en que Cuba brillaba en ese campo.

Más adelante acuñé una frase que me pareció muy gráfica: “Yo pienso porque soy militante, no a pesar de ser militante”. “Pensamiento crítico” expresaba con exactitud, y más por ser una síntesis, lo que queríamos hacer.

El número 1, que se preparó a fines de 1966, se dedicó a las luchas armadas en América Latina. Contenía cuatro textos inéditos, el primero era “La violencia y los cambios sociales”, del sacerdote revolucionario Camilo Torres Restrepo, muerto en febrero de ese año; era un análisis sociológico de la procedencia de la vía armada. El segundo, “La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geográfico”, era un capítulo de un libro acerca del poder en Venezuela que dejó inédito al ser asesinado su autor, el dirigente revolucionario Fabricio Ojeda. El tercero, “Perú: revolución, insurrección, guerrillas”, era de un peruano, dirigente de la organización Vanguardia Revolucionaria, que utilizó el seudónimo Américo Pumaruna, pero en realidad se llama Ricardo Letts Colmenares. Estaba a favor de la lucha armada, pero en una posición con la que teníamos un total desacuerdo; tuve una discusión con él y quedamos en publicar su texto. Era el más largo de los cuatro, pero con permiso suyo incluimos una nota en que explicábamos nuestro desacuerdo. El cuarto texto, “Sobre la tendencia conservadora en el Partido”, también fue publicado con un seudónimo, Julio del Valle. El autor era un compañero al que mataron después, y su análisis era acerca de cómo el Partido Guatemalteco del Trabajo no pudo hacer realidad el propósito de pasar a la lucha armada. Este análisis concreto de una experiencia nos gustaba más que las condenas generales. Se

puede mostrar a un tonto y criticarlo: explicas por qué es tonto y ya. Nosotros preferíamos una exposición del problema de los partidos comunistas y la lucha armada, no a partir de un tonto, sino de un partido que honestamente había querido hacer la lucha armada y no lo logró.

ES: ¿Había editoriales en los números?

FHM: Sí. Casi siempre breves. En ellos están expresas nuestras valoraciones y posiciones acerca de un gran número de las realidades de hechos e intelectuales, y permiten inferir lo que guiaba la selección de los temas y en qué residía, para nosotros, la organicidad de la revista como publicación. Desde el segundo número, cuya parte monográfica se dedicó a la lucha armada en Asia, comenzaron a aparecer artículos con otros temas. Le llamábamos “Miscelánea” a esa parte. Y fuimos incorporando secciones, como es usual en las revistas.

ES: ¿Quién estaba en la Dirección de la revista?

FHM: Fui el director desde el primer día hasta el final. Había un Consejo de Dirección, del que participaron todo el tiempo Aurelio Alonso Tejada, Jesús Díaz Rodríguez y José Bell Lara. Ricardo J. Machado Bermúdez estuvo sólo en los primeros seis números, y Thalía Fung Riverón en los primeros diez. Mireya Crespo, que era antigua en el trabajo de la revista, fue miembro del Consejo desde el número 44 hasta el último, el 53.

ES: ¿Cuál fue la repercusión de la revista y a quién respondía?

FHM: Tuvo mucha desde el inicio. Naturalmente hubo gente en contra. Con cierta ingenuidad, en el número 1 se identificaba como Revista del Grupo de Estudios Latinoamericanos, que no tenía otra realidad que dos activos muchachos con una grabadora que hacían entrevistas lo mismo a un dirigente del Partido Comunista Colombiano que a Roque Dalton o Carlos Marighella. Aunque Carlos prefirió sentarse en la revista y responder el cuestionario por escrito, en letra de molde, con una gran paciencia. Conservamos aquel texto y lo utilizamos después de su muerte, como diseño interior en el número dedicado a las luchas en Brasil.

Tuvimos que desmentir que fuéramos la nueva revista del Partido, porque fue una simple coincidencia que *Pensamiento Crítico* comenzara a aparecer poco después que cesó la revista oficial política, *Cuba Socialista*, por septiembre de 1966. No dependíamos de nadie. Era una expresión más del “grupo de Filosofía” o “de la calle K”,

como se llamaba coloquialmente al Departamento de Filosofía, pero no tenía vínculos orgánicos con este, y tenía estructura y local propios. En cuanto a las personas, había nexos muy obvios: fui el director del Departamento hasta junio de 1969 y de la revista hasta que fue cerrada. Y una gran parte de los compañeros del Departamento brindaron durante todos esos años un aporte decisivo a la revista con su trabajo, siempre voluntario, de revisión de galeras y planas, búsqueda y gestión de artículos, lecturas para valorarlos, traducciones y otras muchas tareas diversas. Veintidós publicaron artículos, notas o críticas de libros. Fue muy grande también el aporte de numerosos cubanos y cubanas que publicaron o realizaron innúmeras tareas intelectuales o de gestión para la revista, y nos brindaron su aliento y solidaridad. Como los del Departamento, sin el menor interés material.

ES: ¿Cómo lograban publicarla mensualmente?

FHM: Debíamos trabajar en tres números al mismo tiempo, porque el “cronograma” era de 72 días. Discutía con los administradores y los trabajadores que hacían la revista. En una ocasión, de incógnito dentro de la fábrica, tomé el tiempo en el cual un linotipista profesional levantaba una galera de medida 20, y comprobé que podía hacer dos páginas y media cada doce minutos. En la siguiente discusión le dije al administrador: “Ya no me engañarás más, porque sé cuánto tarda de verdad levantar la revista”. Pero ellos ponían plazos anchos porque solía faltarles tinta, o corriente eléctrica. El papel se obtenía de forma extraordinaria, pero se obtenía siempre.

Pensamiento Crítico salió siempre con regularidad, cada mes, algo digno de encomio en aquellas circunstancias, entre febrero de 1967 y agosto de 1971. Comenzamos vendiéndolo en las librerías, pero nos dimos cuenta de que eso no era lo mejor: había un frenesí cubano por leer. Nos dimos cuenta de que el público potencial latinoamericano era inmenso, y que había que tener en cuenta la demanda de Estados Unidos y la Europa capitalista. Destinamos a ellos una parte de cada edición. En América Latina, región priorizada, entraba la revista por todas partes, en unos países de manera legal y en otros ilegalmente. Tengo recuerdos hermosos. Por ejemplo, en Lecumberri, la famosa cárcel mexicana, la utilizaban mucho los presos políticos en sus círculos, me contó Adolfo Gilly, que era uno de ellos entonces. En Santiago de Chile, el diario *El Mercurio* publicó en primera plana en 1969 una foto de ocupación de armas a subversivos en la que aparecen algunas armas y varios números de *Pensamiento Crítico*; me sentí muy honrado. En medio de la terrible guerra en Colombia, la revista

entraba por el correo normal. Pero en Uruguay, que alardeaba de su democracia, quemaban todos los ejemplares que llegaban por correo. La amistad que teníamos con numerosos revolucionarios favorecía la entrada ilegal en otros países. Por ejemplo, clandestinos sandinistas leían la revista en Nicaragua. Sosteníamos relaciones con numerosas publicaciones combativas de la región; por ejemplo, la chilena *Punto Final*, hermana de ideales. La proyección continental de *Pensamiento Crítico* fue extraordinaria.

Teníamos un buen número de relaciones con norteamericanos, desde grupos estudiantiles como el SDS y otros participantes en el *movement*, hasta círculos de profesores radicales. También tuvimos relaciones con diferentes activistas negros por los derechos civiles, con cuadros intelectuales de Panteras Negras, y con los jóvenes que después fundaron NACLA. A todos les publicamos en la revista. Tuvimos una vinculación con la iniciativa que se llamó Brigada Venceremos, norteamericanos que han venido cada año a cortar caña de azúcar en Cuba desde 1970; la Brigada sigue existiendo, aunque ya no corta caña. Se acaba de morir el profesor John Gerassi (1931-2012), un hombre turbulento, pero con una vida hermosa; él nos dijo en la revista: “Los verdaderos norteamericanos de izquierda no somos más de 6 mil y todos estamos divididos entre nosotros, en el único lugar donde estamos juntos es en el FBI, que nos considera a todos por igual para reprimirnos” (risas).

Teníamos una vinculación muy fuerte y fraternal con el grupo de *New Left Review*, de la que me ha quedado la amistad con Perry y Robin; nos relacionamos con el *Socialist Register*, y Ralph Miliband nos visitó en la revista. Teníamos otros nexos en Gran Bretaña, y muchos en Francia, Italia, España, Bélgica y otros países europeos. La relación con *Les Temps Modernes* incluyó una larga sesión de intercambio y debate con André Gorz, en el Departamento. Reitero la enorme profusión de vínculos con publicaciones, intelectuales y activistas italianos. A partir de tantas relaciones internacionales, establecimos canje regular con más de cien publicaciones periódicas de América, Europa y algunos otros lugares del mundo.

El material que llegaba de un modo u otro a la revista era descomunal, leíamos y escogíamos una fracción de él para publicarlo en la revista. Circulábamos textos que no publicábamos, entre personas a las que podían serles útiles, pero también creamos un sistema que nos permitía reunir y publicar como libros temáticos algunos de aquellos textos. Aparecía como una publicación periódica llamada *Referencias*, identificada por su número, pero no por fecha, que supuestamente pertenecía al Partido Comunista de la Universidad de La Habana, pero en realidad era de *Pensamiento Crítico*. Decidíamos todo, hacíamos todo

el trabajo de preparación y asumíamos la distribución. Por ejemplo, fue muy útil un número enorme –casi 500 páginas– sobre teoría de la comunicación, que incluía textos de Eliseo Verón y Armand Mattelart. Dedicamos un número a una historia de África de calidad de contenido y real anticolonialismo, publicada en Dar es Salaam. Esa era otra vía para prestar servicio a los estudiosos e interesados. Por lo menos publicamos catorce números. Pero no olvides que hasta 1971 éramos sumamente influyentes en el Instituto del Libro. Los catálogos de libros publicados en esos años son impresionantes.

ES: ¿Cómo eran las resistencias internas?

FHM: El Departamento de Filosofía confrontó oposición desde que comenzó a caracterizarse por parte de ideólogos del marxismo de tipo soviético y en general por los que deseaban que Cuba desarrollara un socialismo influido u orientado por la política y la ideología de la URSS y el movimiento comunista. Por otra parte, en medio de luchas de clases y antiimperialistas tan intensas, era menos difícil mostrarse “duro” contra todo lo que no pareciera muy seguro, según la vara de medir de los que Silvio Rodríguez llamaba “los perseguidores de toda primavera”. La práctica de acusar de enemigo del pueblo a todo el que no piense como uno no es tan rara. En el terreno del marxismo, debíamos enfrentar la avalancha de “marxismo-leninismo” que nos había caído desde 1961, y fue inevitable el choque con el sistema de escuelas del Partido, porque seguía aquella orientación y era su trabajo profesional enseñarla, y su director era un compañero dogmático y sectario. Pero como dije antes, desde 1965 el predominio visible del socialismo cubano nos favoreció.

Entre tantos momentos singulares no he olvidado nunca la noticia de la muerte del Che, la tarde del 10 de octubre de 1967. De inmediato nos pusimos a trabajar sin parar, y en 72 horas seleccionamos, copiamos y organizamos para publicación un número completo de la revista con trabajos de pensamiento del Che. Creo que ese número 9 –224 páginas que eran en realidad un libro– fue la primera recopilación de su pensamiento que se publicó. Se agotó enseguida y, al no obtener papel extra, la repetimos como número 14, agregándole algunos materiales. En la época en que *Pensamiento Crítico* estuvo totalmente excluida en Cuba, se sacaron sus colecciones de las bibliotecas, nadie la daba como bibliografía ni se hacía ninguna referencia pública a ella; había, sin embargo, un canje informal de sus números entre personas interesadas. Tuve la satisfacción de comprobar que se canjeaban indistintamente los números, excepto el 1, el 6, el 9 y el 14, que sólo eran

canjeables entre ellos. El pensamiento del Che también estuvo excluido, era el símbolo teórico de una posición revolucionaria determinada, pero nunca fue olvidado.

ES: ¿Cómo comenzó la crisis de la revista?

FMH: Nosotros estábamos totalmente identificados, dentro de la Revolución, con el proceso de profundización interna del socialismo e internacionalismo verdadero que dirigía Fidel. A mi juicio, las causas de que aquella política no pudiera triunfar fueron dos realidades. Una, el proyecto para salir aceleradamente del llamado subdesarrollo. Aunque era muy lúcido en su estrategia de priorizar la agricultura como vía para un desarrollo más integral y trataba de llevarlo a cabo con organización y atendiendo a numerosas variables, no tuvo posibilidades reales de realización. No fue factible desarrollar algunas ramas industriales estratégicas y diversificar el mercado externo, ni adelantar hacia una complementación entre los sectores de la economía. Cuba no pudo alcanzar la soñada autonomía económica. Las relaciones con la Unión Soviética en ese campo eran imprescindibles para el país. Intercambiábamos azúcar, a precios fijos de convenio, por petróleo, armamento, equipos, vehículos y otros bienes; recibíamos créditos, formación de técnicos y asesorías. Pero la negativa de la URSS a vendernos una siderurgia era un claro indicador de que se guiaba por sus intereses estatales. Enfrente estaba el efectivo bloqueo económico imperialista de Estados Unidos y las demás piezas de su sistema de agresión permanente contra Cuba, y estaba el capitalismo mundial, con su intercambio desigual y la influencia decisiva de Norteamérica sobre los demás países desarrollados. Por ejemplo, Cuba empezó a venderle níquel a Italia, pero no pudo continuar porque Estados Unidos la amenazó con cortar todo comercio de productos industriales, e Italia cedió. La Francia de De Gaulle fue más autónoma, pero era una relación muy limitada.

La otra realidad fue que en América Latina no triunfó ningún movimiento revolucionario ni se estableció algún poder estatal autónomo de Estados Unidos con los que pudiéramos aliarnos para diversificar nuestras relaciones con efectividad y ganar un espacio real. El maravilloso esfuerzo vietnamita había empantanado el instrumento militar imperialista, pero los demás factores nos eran adversos. Y el plan perspectivo para aumentar mucho la producción de azúcar crudo y balancear mejor el comercio con la URSS culminó en la gigantesca zafra de 1970, que movilizó todas las fuerzas y terminó desorganizando a fondo el país y dejando un sabor de derrota.

ES: El país estaba en conflicto con Estados Unidos, China y la URSS a la vez.

FMH: Durante prácticamente dos años no hubo embajador soviético en La Habana, hasta que decidieron enviar a un diplomático que había sido embajador en Gran Bretaña. China había pretendido violar reglas de la relación entre iguales y reaccionó al rechazo de Cuba con el feo argumento de suspender su arroz. El movimiento comunista internacional, en la medida en que estaba alineado con la URSS, se había distanciado de Cuba, y teníamos enfrente al tremendo enemigo que era Estados Unidos.

CyE

Año V

Nº 9

Primer

Semestre

2013

Los cambios sucedidos en general, que me han hecho plantear que terminó la primera etapa de la Revolución en el poder y comenzó una segunda etapa, incluyeron sin duda un fuerte retroceso ideológico y un profundo quiebre del pensamiento social.

Una insuficiencia económica demasiado marcada y ninguna oportunidad política de la unión latinoamericana próxima marcaron el comienzo de una lenta renovación de los vínculos con la URSS, que llevó al ingreso de Cuba en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y la visita de Fidel a los países del socialismo europeo y la URSS (1972), aunque él fue desde Argel hasta Moscú denunciando la agresión norteamericana a Vietnam. Brézhnev y Fidel firmaron un convenio por tres años y después vinieron los quinquenios del CAME.

No se debe olvidar aquella insuficiencia, que tuvo efectos negativos para el proceso en su conjunto. La gran zafra era un recurso para nivelar las relaciones con la URSS y obtener divisas. El azúcar crudo permaneció como la mercancía principal en la relación Cuba-CAME, es decir, el mismo recurso primario de exportación de las relaciones de los países dependientes con los centros, que enfrentan las bonanzas y las crisis sin cambiar su estructura. Cuba, país liberado con un poder revolucionario socialista muy fuerte, un pueblo tan consciente y un proyecto tan ambicioso, volvía a sufrir la incongruencia tremenda entre las dimensiones de su formación social. La dirección y muchos cubanos éramos conscientes de la situación. Un joven marxista francés, Michel Gutelman, que había publicado en 1967 un libro realmente serio y bastante optimista, *La agricultura socializada en Cuba*, estuvo

EMIR SADER

acá dos años después y me manifestó sus crecientes preocupaciones. Le hice ver que conocíamos los datos esenciales y lo que estaba en juego, pero no podíamos hacer otra cosa que lo que hacíamos.

Sobrevinieron cambios importantes y un recorte del alcance del proyecto revolucionario. En ese marco se produjo la desaparición del grupo de la calle K, es decir, del Departamento de Filosofía y de la revista *Pensamiento Crítico*. El proceso por cual se llegó a esas decisiones fue largo e incluyó reclamos e incidentes que no resisten ser tomados por causas en un análisis que se haga décadas después, pero eso es lo normal en estos casos. También existen aspectos que a mi juicio tuvieron importancia, pero no me siento todavía facultado para decirlos, por el nivel de implicaciones que tuvo ese proceso. Opino en general que la dirección revolucionaria entendió que debía sacrificar su izquierda intelectual como parte de la adecuación a la que se veía forzada. Debo agregar que los dirigentes que participaron directamente en los hechos nos trataron siempre con la fraternidad que existe entre compañeros. La notificación del cierre de la revista sucedió a mediados de agosto, y la del Departamento, a inicios de noviembre de 1971.

Los cambios sucedidos en general, que me han hecho plantear que terminó la primera etapa de la Revolución en el poder y comenzó una segunda etapa, incluyeron sin duda un fuerte retroceso ideológico y un profundo quiebre del pensamiento social. El proyecto revolucionario general que se recortó promovía una profunda crítica al carácter capitalista de la idea de modernización y el medio ideológico resultante de ella, aunque la Revolución estuviera siempre cumpliendo el deber de realizar tareas modernizadoras a favor de la población. Aunque el poder del Estado era formidable, se defendía la necesidad de no conformarse con la nacionalización y trabajar por desarrollos que fueran repartiendo ese poder en la sociedad. Nunca se aceptó la realidad de estancamiento del socialismo implícita en la necesidad de las “etapas” y de la construcción de una “base técnico-material del socialismo”. Fidel declaró al inaugurar el Partido Comunista y su Comité Central: “Tenemos que construir paralelamente el socialismo y el comunismo”. El Che había dicho: “Debemos partir desde el primer día hacia el comunismo, aunque gastemos toda nuestra vida tratando de construir el socialismo”. Fueron en contradicción, pero juntos, la comprensión profunda y la imposibilidad material de un momento determinado. Creo que se cometió un error al retroceder demasiado en la ideología, y sobre todo al convertir la necesidad en virtud y avenirse a las instituciones y las creencias del llamado “socialismo real” en numerosos terrenos.

ES: ¿Cómo fue tu evolución intelectual en ese período?

FMH: Como dije antes, me interesé mucho en la teoría de Carlos Marx y la estudié a fondo, en la medida de mis posibilidades. Publiqué muy poco en los años sesenta, porque la mayor parte de mi actividad intelectual fue dedicada al debate, la formación de docentes, la dirección del Departamento y la revista, y numerosas actividades que realicé para las instituciones de la Revolución. Y porque tenía la convicción –fíjate a los excesos que conduce la actuación dentro de una gran revolución– de que no era éticamente aceptable publicar en los medios de las instituciones que dirigía. Sólo dos veces publiqué con mi firma en *Pensamiento Crítico*. Una, con un ensayo breve y fuerte de crítica al cientificismo y antihistoricismo de Althusser estructural titulado “Althusser y el marxismo”. La otra fue “Marx y el origen del marxismo”, un capítulo que había redactado de un libro que proyecté y adelanté mucho en cuanto a investigación y redacciones parciales, *La teoría social de Marx*, que en las condiciones que siguieron a 1971 jamás terminé. Ambas fueron en 1970, en apoyo a una comprensión cierta del marxismo originario.

En 1966 y 1969 ofrecí cursos intensivos de formación de docentes para el Departamento, acerca del marxismo como teoría social. Para ellos escribí unos materiales muy extensos que quedaron inéditos, mecanografiados. El plan del libro *La teoría social de Marx* contenía una primera parte acerca de las condiciones de aparición del marxismo y las tesis principales y los presupuestos ideológicos de la teoría primitiva de Marx. A continuación, cuatro partes, en las que desarrollaría los cuatro aspectos que a mi juicio eran fundamentales: la formación social capitalista, las luchas de clases modernas, la conciencia y la organización revolucionarias, y la teoría de la transición del capitalismo al comunismo. En cada parte el contenido atendería a la teoría de Marx y a su utilización para el análisis de Cuba. Llegué a escribir todo lo relativo a Marx de la primera parte, incluida la epistemología del conocimiento social: de lo demás conservo una enorme cantidad de notas y algunas redacciones parciales. La parte inicial contenía dos capítulos, el que publiqué en *Pensamiento Crítico* y otro, “Las ideologías políticas en tiempos del joven Marx”, que corrió peor suerte: lo publiqué en *Lecturas de pensamiento marxista*, un libro nuestro de 1971 que, ya fabricado, fue destruida toda la edición.

Mi intención era proporcionarle un instrumento intelectual a una juventud cubana que se sentía marxista, pero quería un marxismo cubano y latinoamericano, e inducir la a utilizar la teoría para comprender sus realidades y actuar. El libro era sólo un aspecto de ese propósito, al que le dediqué grandes esfuerzos.

Participé en innumerables análisis de problemas candentes y procesos más dilatados, me beneficié mucho con los efectos que produce en el analista y estudioso participar en eventos prácticos complejos y relevantes, profundicé en los temas y problemas cubanos, y en la historia del país –sobre todo la Revolución del 30, la segunda república y la insurrección de los años cincuenta, en fuentes primarias–, avancé en el conocimiento de América Latina, estudié sin tasa todo lo que pude. Las actividades del Departamento eran una escuela de intercambios de criterios e informaciones, y de trabajo intelectual en colectivo. A fines de los sesenta tenía un conjunto de criterios e hipótesis, y algunas tesis, que anunciaban la posibilidad de que entrara en un periodo de producción muy activa y de madurez intelectual.

ES: ¿Qué hiciste al salir de la revista?

FMH: El acto de cierre de la revista fue solamente conmigo, y el del Departamento fue en una reunión del núcleo del PCC –Partido Comunista Cubano– con el secretario del PCC de la universidad, que no quiso darme la palabra, pero me pidió que me fuera con él de allí. Quedé adscripto al rector José Manuel Miyar, a mi juicio el mejor que ha tenido la Universidad entre 1959 y hoy, un compañero muy cercano a Fidel. Pedí que me enviaran a hacer cualquier tipo de trabajo en cualquier parte de Cuba, pero eso no se aceptó. Pero como no me asignaron a nada, hice trabajos sobre educación que el rector me encargaba, por ejemplo, “La educación en Brasil, un caso de capitalismo neocolonizado”. A petición de José Fernández, que era ministro de Educación, investigué sobre educación superior cubana y escribí, sin firma, la mayor parte del libro *La educación superior cubana*, que se llevó a la Reunión de Ministros de Educación de los países del CAME. Mi análisis partía de dos preguntas: cómo y en qué medida la educación superior cubana contribuye a la desaparición de las diferencias de clases, y lo mismo respecto al desarrollo técnico y científico del país. Fue mi primer libro. Seguí en esas tareas casi un año, pero el rector fue sacado de su cargo al terminar una borrascosa reunión de siete horas en la universidad, en la que estuvo Fidel. Esa noche terminó la larga época en que Fidel iba una o dos veces todas las semanas a conversar libremente con los estudiantes. Se fue y no volvió durante unos cuantos años.

El nuevo rector no sabía qué hacer conmigo. Pero Miyar me llamó a mi casa en mayo de 1973 y me ofreció llevarme con él al Instituto Nacional de Reforma Agraria, donde lo habían nombrado director nacional de Cítricos y Frutales. Me fui con él y trabajamos un año en una actividad apasionante y absorbente, de una punta a otra del país.

Pero llegó un nuevo jefe al sector agropecuario de la economía nacional, y Miyar y yo tuvimos que marcharnos. Me quedé sin trabajo, pero lo supo el ministro del Azúcar, antiguo compañero en una unidad militar, que me buscó y me ingresó en su Ministerio. Ingresé en una reunión del PCC –al día siguiente me buscó un lugar como técnico en divulgación–, porque era muy tarde, se habían cerrado las oficinas y sólo quedaban las reuniones del Partido. Es algo simpático, porque a pesar de todo lo sucedido y de que yo era tachado de “diversionista ideológico”, nunca fui sancionado en el Partido. Seguí siendo siempre militante, a tal punto que poseo la condición honorífica de Fundador del Partido, que se otor-

Creo que no te dije que en algún momento de los primeros años setenta un funcionario con cargo suficiente ordenó que no se me publicara nada, y en general eso funcionó hasta 1985. En la práctica, quedé cortado de la intelectualidad cubana y las universidades.

gó a aquellas personas que participaron de una manera organizada en la lucha insurreccional, fueron aceptadas en el Partido la primera vez que se les procesó para ingresar, y nunca fueron sancionadas.

Trabajé como técnico medio y mis compañeros me eligieron secretario general del núcleo del Partido de un sector del Ministerio, presidente de la Comisión de Activistas de Historia del organismo y trabajador ejemplar por el Viceministerio, un paso hacia la elección de Vanguardia Nacional, que como es natural no obtuve. Creé un boletín, ya que el organismo carecía de publicación, llamado *Azúcar*, y fui su director. En diciembre de 1976 me llamaron a trabajar como investigador en el Centro de Estudios sobre Europa Occidental (CEEEO), adscripto al Comité Central (CC) del PCC. El director era Jorge Serguera, comandante del Ejército Rebelde, de intelecto brillante y trayectoria muy destacada. Éramos amigos desde hacía mucho, y me franqueó la posibilidad de trabajar duro en un centro que hacía muy buenos análisis y recibía una gran cantidad de fuentes públicas especializadas. Todo era discreto, no publicábamos nada para el público. Pero redacté un gran número de trabajos breves y al menos dos o tres extensos. Uno de estos, “El capitalismo europeo actual”, fue muy elogiado. Y escribí mi segundo libro, *Los gobiernos de Europa capitalista*, del que publicó en 500 ejemplares, para circulación interna, Jorge

Enrique Mendoza, un hombre admirable que entonces era director de *Granma*. En el Centro fui jefe de dos de las áreas de trabajo, de una manera aún más discreta.

Desde mediados de los años sesenta estaba muy involucrado en tareas y en análisis relativos a América Latina para las instituciones cubanas de trabajo y solidaridad internacionalista. En las disímiles circunstancias de los años setenta nunca dejé de hacerlo. Cuando los sandinistas entraron en la fase final de su lucha contra la dictadura, me tocó colaborar en Cuba, y después del triunfo de julio de 1979 fui designado para integrar el grupo político de trabajo en Nicaragua, que constituía la embajada cubana en ese país. Allá trabajé hasta 1984, y me pasaron al Centro de Estudios sobre América (CEA), también adscripto al CC del PCC, en enero de 1985. Alguien me dijo: “Vas a un lugar donde al fin podrás ser intelectual otra vez”. Lo cual fue cierto. En el CEA fui investigador, jefe del Departamento de Estudios Regionales y miembro del Consejo de su revista, *Cuadernos de Nuestra América*. Trabajé allí hasta octubre de 1996, cuando pasé al Ministerio de Cultura, a solicitud del ministro Armando Hart Dávalos.

ES: Momentos importantes de tu obra. Su evolución.

FMH: Creo que desde el inicio hasta 1971 está bastante explicado, y sobre los años setenta te di un buen número de informaciones. Podría agregar que en el MINAZ tuve la hermosa experiencia de compartir con el movimiento de aficionados a la Historia, y ganar una distinción por la que me publicaron un ensayito como capítulo del libro *Los obreros hacen y escriben su historia*. Hice una pequeña investigación sobre la historia de un central azucarero nacido como un enclave de la Casa Morgan en la costa norte de Camagüey, que salió en Morón como folleto, *Del Punta Alegre al Máximo Gómez*. Pero la mayor parte de mi actividad en el MINAZ no era intelectual. En el CEEO ya fue diferente. Pero era todo por encargo, destinado a los funcionarios correspondientes, y nunca me hubiera dedicado voluntariamente a investigar sobre Europa occidental. Entre 1979 y 1984 tuve una actividad enorme, muy de orden práctico. Mi trabajo llegaba a ser a veces agobiador. De todas maneras, leía, pero una de las normas de mi trabajo era no participar como tal en ningún evento intelectual.

Creo que no te dije que en algún momento de los primeros años setenta un funcionario con cargo suficiente ordenó que no se me publicara nada, y en general eso funcionó hasta 1985. En la práctica, quedé cortado de la intelectualidad cubana y las universidades. Sin embargo, en Nicaragua conocí a una enorme cantidad de intelectuales y

artistas cubanos que iban allá, y compartí con muchos. Al mismo tiempo, me relacioné informalmente con intelectuales nicaragüenses –con algunos entablé profunda amistad– y de otros países. En El Crucero conocí, en enero de 1980, a Frei Betto, al que dejaban salir de Brasil por primera vez, y nos hicimos amigos para siempre. En Managua conocí a François Houtart, a Giulio Girardi, a Pablo González Casanova –que había estado muchas veces en Cuba–, mis amigos queridos.

Cuando volví a Cuba tenía adelantada una investigación a partir de dos preguntas: cómo pudo el frente sandinista convertirse en una alternativa de poder para Nicaragua y cómo pudo tomar el poder. Había entrevistado a un gran número de personas, y conocido una enorme cantidad de hechos, por documentos y por vía oral. Acá analicé más de 6 mil páginas de documentos primarios no públicos, escribí 800 páginas de material intermedio y redacté dos capítulos para un libro que recogería el resultado de la investigación: “Las luchas armadas en Nicaragua entre 1958 y 1961” y “Nicaragua en los años sesenta”. Se estuvo de acuerdo en que hiciera el libro, con una versión para publicar. Pero nunca he tenido tiempo disponible para hacer ese trabajo.

Durante toda la década del ochenta trabajé sobre los movimientos y el pensamiento religioso en América Latina, acompañé algunas experiencias, trabé relaciones con numerosos religiosos y teólogos, y leí mucho sobre esos temas. Uno de los productos de este trabajo fue el extenso ensayo “Cristianismo y liberación” publicado en *Cuadernos de Nuestra América* en 1986 y reproducido en la *Revista Latinoamericana de Teología*, que dirigían Comblin y Sobrino –con una nota laudatoria de presentación–, y por *Social Compass*, la prestigiosa revista europea de sociología de la religión.

Mi entrada en el CEA coincidió con el inicio del proceso de rectificación de errores y tendencias negativas. Fuimos saliendo el país y yo del silencio del pensamiento social, mientras los sistemas de dominación en nombre del socialismo en Europa entraban en su crisis y su vergonzoso final. Efectivamente, fui regresando al trabajo intelectual sistemático. Ese es el inicio de una etapa de mi vida intelectual que ha registrado cambios notables, pero tiene una continuidad básica hasta el día de hoy.